

EL PENSAMIENTO ESPAÑOL.

DIARIO CATÓLICO, APOSTÓLICO ROMANO.

Volis etiam merito accepta referimus, qui tam strenue religionis, et iustitiae partes tuendas suscepistis.

Deumque, cuius causam agitis, rogamus ut vos in proposito confirmet.

—Pío IX al Director y redactores de EL PENSAMIENTO ESPAÑOL.

PRECIOS DE SUSCRICION.—En Madrid, 12 rs. al mes.—En Provincias 17 rs. al mes; y 50 por trimestre en casa de los comisionados, y 15 rs. al mes y 42 el trimestre en la administración.—En el Extranjero: 70 rs.—En Ultramar 90 rs. trimestre.—La administración no responde de los sellos que se le remitan en carta sin certificado.

PUNTOS DE SUSCRICION.—Madrid: En la administración, calle de Pelayo, números 38 y 40, cuarto principal de la derecha.—Provincias: En los puntos que se anuncian el último día de cada mes.—París: Agencia franco-española de D. C. A. Saavedra, 55, rue Taitbout.—Manila: D. Francisco Zudaire, Presbitero.—No se devuelve ningún manuscrito.

PARTE EXTRANJERA.

La siguiente carta de París que publica *La Epoca* describe con vivos y exactos colores el aspecto de aquella gran población al saberse el sábado la pérdida de Wissemburgo:

«Yo no puedo pintar a Vds. el cuadro que presenta París hace veinte y cuatro horas. Diríase que todo el mundo se ha vuelto loco de ira, de entusiasmo, de desahogo, de frenesí y de patriotismo, sucediéndose estos sentimientos de hora en hora en esta inmensa ciudad de dos millones de almas y con un calor de 30 grados. ¡Dios quiera que todo este drama no termine en una terrible tragedia!

Desde las cinco de la tarde, de ayer empezó a circular en las masas la noticia de la derrota de Wissemburgo. Por la desconfianza que engendra el sistema de partes oficiales, y no obstante traer los diarios de la tarde el que los copia en mi carta, la imaginación impresionable casi ninguna, comenzó a exagerar la catástrofe. La división Douai había quedado destruida en el campo de batalla, perdiendo 2,000 hombres entre muertos, heridos y prisioneros, una batería entera, entre ellas varias ametralladoras, y quedando muerto, lo que por desgracia era cierto, el general que mandaba la acción. Y el espíritu francés, que tan fácilmente pasa de la adoración al odio, decía que era la segunda vez que desde Magenta Mac-Mahon se había dejado sorprender, cuando el fué quien en Italia salvó el ejército francés. Como coincidiese con la derrota un bando publicado por la mañana, en que el prefecto de policía, Pietri, hablando del espionaje prusiano, expulsando del territorio francés a todo alemán de los Estados en guerra con el imperio que no alcanzase permiso para vivir en Francia, la irritación popular se fijó en cuantos prusianos acerbaban a pasar por las calles o en varios establecimientos de cambio de moneda que hay en los bulevares y en la calle Richelieu, pertenecientes a alemanes, generalmente judíos.

Una expresión mal interpretada de un empleado de la casa de Leon y Dreher, en que el pueblo creyó ver la idea de que los franceses recibirían pronto una derrota más terrible, cuando lo que había dicho es que estos alemanes una gran revancha sobre los prusianos, estuvo a punto de producir la muerte de este desgraciado y el incendio de la tienda. En otra de Hirsch, en la calle de Richelieu, como corriese el rumor de que había 20 millones de reales en oro que había reunido para enviar al cuartel general prusiano, el pueblo comenzó a pedir la cabeza del traidor y a insultar el escudo de armas de una tienda, escudo que era de Rusia, y que por las águilas la muchedumbre tomó como prusiano. Por fortuna la policía llegó a tiempo para salvar las personas y los intereses amenazados, y escribir bajo el escudo estas palabras: «Respeto a las armas de la Rusia».

La noche había llegado en medio de esta excitación, apareciendo como sitiados por miles de compradores todos los kiosks y devorando el público las dobles y triples ediciones de los periódicos, cuyos primeros números se vendían a precio de oro. Pero los diarios no decían más que lo que los periódicos ayer, y solo la *Liberté*, que por vender números está dando todos los días nuevas estupendas, decía en su última hora que se estaba batiendo en aquellos momentos el ejército de Mac-Mahon. Pero ya los grupos inmensos de pueblo y de guardias movilizadas, a pie los más, en omnibuses o carruajes descubiertos otros, con banderas tricolores, llenaban los bulevares y las plazas, entonando con más arrebato que nunca las estrofas más sangrientas de la revolucionaria *Marseilles*.

En los conciertos al aire libre y en los teatros, el espectáculo no era menos conmovedor. La *Marseilles*, el himno del Rhin, el canto de los Girondinos entonado, no ya por las orquestas y los coros, sino por el público en masa, producían un verdadero delirio. En la Grand Opéra, a la voz de la Saxe, la sala entera se levantaba gritando: ¡muerte a los prusianos! ¡Venganza por nuestros hermanos de armas sorprendidos y degollados! Yo estaba en el teatro Francés, donde la Agar, la sucesora de la Rachel, visitando la púrpura de Agripina en el nuevo drama *Una fiesta de Nerón*, salió a entonar, declamándola admirablemente, la *Marseilles*. Abrazada a la bandera tricolor, arrodillada como el coro antiguo que la rodeaba, de pie el público entero que a cada estrofa prorrumpe en gritos de guerra, yo puedo decir que pocas veces en mi vida he sentido emociones tan profundas.

A la una de la noche, empezaron a circular entre los escogidos la segunda edición de *El Times* de Londres del mismo día, y la tercera edición de *Le Soir*, que había esperado hasta esta alta hora para tranquilizar un tanto los ánimos. Sébase por el diario francés, y lo confirma hoy el órgano oficial, que la división derrotada era solo de 8,000 hombres, los regimientos de línea números 30 y 58, un regimiento de tiradores, mitad de otros de zuecos, cuyo batallón de reserva estaba aun en Chalons, el batallón de cazadores núm. 46, el séptimo de húsares y el once de caballería ligera del general Septen.

El general muerto no era el que manda un cuerpo de ejército, sino su hermano el general, también de división, Abel Douay, de 61 años, valiente oficial de África, y que en Crimea y Solferino se distinguió heroicamente. El diario oficial dice además que esta división fue sorprendida en su campamento la madrugada del jueves por tres cuerpos de ejército, dos prusianos y uno bávaro, en el primero de los cuales estaba la admirable Guardia real de Prusia, y a pesar de ser atacados por 40,000 hombres, resistieron muchas horas, y solo se replegaron cuando muerto el general que los manda, el valor es ya temeridad. Se retiraron a posiciones muy importantes, sin entregar al enemigo la línea de ferrocarril que cruzaba al ejército por Bitch, con Nancy, Metz y Strasburgo. Por último, los partes oficiales manifiestan que el mariscal Mac-Mahon, aunque avisado tarde de este combate, que ha durado seis horas, ha marchado sobre las posiciones amenazadas, y estando en comunicación telegráfica con todos los demás cuerpos de esta línea inmensa ha impuesto respeto al ejército enemigo mandado por el príncipe real de Prusia.

Pero no obstante el aspecto verídico de estas noticias oficiales, el público no empieza a tranquilizarse hasta que lee la versión prusiana en el *Times*, que la publica con el epígrafe de «Sangrienta victoria de los prusianos». Saben Vds. que los corresponsales de tan admirable periódico tienen telegrafos eléctricos de campaña, y como cuentan con toda la protección de los generales prusianos, pudieron en el mismo instante de la acción telegrafiar por Baden a Inglaterra. Como en París los partes llegados en la madrugada a la emperatriz, que, vici casi descendiendo en Saint-Cloud, no se publicaron durante algunas horas, esperando ver si Mac-Mahon tomaba una sangrienta y brillante revancha, casi se leyó en

París la versión del *Times* al tiempo que la francesa. Decía así:

NEDERBRENNACH, jueves, 4 las seis de la tarde.—Una brillante pero sangrienta victoria acaba de ser alcanzada por el príncipe heredero de Prusia ante su presencia con el hombrado de Wissemburgo y del fuerte Gris, situado detrás de la ciudad. Las tropas que han tomado parte en el combate del lado de los alemanes comprendían regimientos de los cuerpos de ejército 5.º y 11.º del ejército prusiano y del segundo cuerpo de ejército de Baviera, y del lado de los franceses la división del general Douai, perteneciente al cuerpo de ejército del mariscal Mac-Mahon.

Los franceses han sido rechazados y dispersados, dejando su campamento. El general Douai ha sido muerto y más de quinientos prisioneros no heridos, entre los cuales cierto número de turcos, han quedado en manos de los prusianos. Una pieza de artillería ha sido capturada.

Del lado de los alemanes, el general Kirchbach ha sido rozado y herido por una bala de cañón. Los granaderos del regimiento del rey, de la Guardia real y el regimiento núm. 30 han sufrido mucho.

Tal era el parte prusiano de el *Times*. El diario oficial lo confirmaba esta mañana diciendo que los prusianos, aunque sin dejar prisioneros, habían tenido mil hombres fuera de combate, quedando tan quebrantados, que a pesar de su victoria no se atrevieron a perseguir a los franceses, los cuales no habían perdido una ametralladora.

Un diario, al anunciar hoy esta derrota, recordaba que en estas mismas líneas de los Vosges, fortificadas por Vauvan, e ilustras por tantas guerras entre franceses y alemanes, el general Hoche, batido en Karserslanter por 30,000 austríacos y prusianos contra la mitad de franceses en 1793, recibía esta respuesta de la Convención:

«Un revés no es un crimen, cuando nada se ha dejado por hacer para merecer la victoria. No debemos juzgar por los acontecimientos a los hombres. Nuestra confianza la tienes adquirida: reúne tus fuerzas, y marcha».

Hoche, fortalecido así, marchó, y tres días después alcanzaba una magnífica victoria.

Yo no sé si este recuerdo dió a alguno la idea de fingir hoy un triunfo inmenso también, o si ha sido cálculo de Bolsa o intriga revolucionaria para agitar este pueblo temible cuando tocase el desengaño, casualidad o ligereza; pero fíjense Vds. cuál sería mi sorpresa cuando al salir de los centros donde busco las noticias más fidedignas, y donde a las dos de la tarde solo me habían dicho que Mac-Mahon tenía una posición excelente y había reunido otro cuerpo de ejército al suyo para recobrar las pérdidas posiciones en la frontera y rechazar la proyectada invasión de los alemanes del príncipe real por Alsacia, me dicen en la calle que ha habido una inmensa victoria en que los prusianos han dejado 25,000 prisioneros en poder del duque de Magenta, vencedor.

Por más que me pareciera imposible me hubiesen ocultado nueva tan colosal, digo a mi coherero que marche a la Bolsa y al paso me encuentro ya todos los bulevares llenos de banderas tricolores y grupos inmensos desde los Campos Elíseos, hasta la plaza de la Bolsa, con grandes banderolas también y cantando el himno de la victoria. Mi carruaje no puede atravesar las oleadas del pueblo en la gran plaza de la Bolsa, y con trabajo y cedeando llego a la gran columnata que rodea el edificio. Los fondos han subido tres por ciento en medio de un desorden espantoso e indescriptible, y todo el mundo quiere leer en las lápidas donde están los cambios de Londres, Nueva, Lyon y Marsella, un fantástico parte que nadie ha visto, pero que todo el mundo cuenta ha sido fijado allí y anuncia la supuesta y decisiva victoria. Una ola del pueblo sucede a otra, hasta que las autoridades, apercibidas de lo que pasa, fijan al fin las partes verdaderas y que media hora antes había leído yo, expedidos desde el cuartel general a la una y media y en los que se dice que Mac-Mahon ocupaba una posición admirable, dejando adivinar solo que mañana tomará el ejército francés la ofensiva. La ira y el desprecio popular suceden al entusiasmo, y como dicen que hanqueiros conocidos han inventado esta farsa, el pueblo, en su furor, destruye todo el círculo de hierro donde se colocan los agentes de Bolsa y se derrama a miles por las calles gritando ¡muera la Prusia y guerra, guerra eterna!

Al saberse la derrota de Wissemburgo, el general Changarnier ha pedido de nuevo servir como soldado. En París se alistaron el sábado 10,000 hombres. La casa Rothschild ha llevado al Tesoro estos donativos:

En nombre de la condesa de París (española), 10,000 francos, de la duquesa de Chartres otros 10,000, de la princesa de Joinville otros 10,000, y 50,000 por recuerdo de la duquesa de Aumale, con esta carta del viudo:

«Si la duquesa de Aumale viviese aun, hubiera sido de las primeras en auxiliar a nuestros soldados heridos y a las familias lastimadas por la guerra. En memoria de la que no existe, se envío 50,000 francos para la suscripción nacional.—H. de Orleans».

Según detalles de origen prusiano, acerca de la toma de Saarbrück los prusianos tuvieron 2 oficiales y 70 soldados muertos, a pesar del vivo fuego enemigo de fusilería, artillería y ametralladoras. Los prusianos no abandonaron la población hasta que se vieron acometidos por tres divisiones francesas, y entonces tomaron posiciones al N. de la población. La actitud de los prusianos fue enérgica aun cuando los franceses cruzaron la frontera por Rhinheim y Saarguemines.

Entre los rumores que han corrido hoy más o menos desprovistos de fundamento y que no se han confirmado, merecen mencionarse por su gravedad el de la llegada del emperador Napoleón a Chalons, y el de haber abdicado en el príncipe imperial, abdicación que se presentaría mañana a las Cámaras.

Dice *La Gaceta del Piemonte*:

«Las tropas italianas se encaminan hacia la frontera pontificia. El general Pettenuzzi está encargado de guardar los Estados Pontificios por el lado de los Abruzzos. Ha salido de Florencia para dichos fronteras un material considerable de artillería, el servicio telegráfico de campaña y el de ingenieros militares».

De varios periódicos tomamos las siguientes noticias:

«Una carta de Brest anuncia la llegada a aquel puerto de las dos primeras presas hechas por la marina francesa, que consisten en dos barcos mercantes de unos 800 toneladas cada uno».

«Anuncia la *France* que el 6 ha debido llegar a Gherburgo la escuadra acorazada del Mediterráneo. Se esperaba también al almirante ministro de Marina».

«El *Journal officiel* empieza ya a publicar decretos concediendo gracias a algunos individuos del ejército».

«El palacio de la Industria de los Campos Elíseos está convertido en un verdadero almacén».

«Las señoras que piden para los heridos de la guerra, depositan allí todas las ofrendas, y estas son tantas y de tan distinta clase, que los curiosos acuden en gran número, y raro es el que una vez dentro, no aumenta con su óvulo la colecta».

«La artillería prusiana parece que ha producido horribles efectos en el ejército francés, superando en mucho a lo que se esperaba, conocidos los adelantos del ejército prusiano».

«A 50,000 francos diarios asciende el aprovisionamiento de carne para el ejército francés de operaciones».

«Se ha recibido un telegrama prusiano determinando los efectos que aquel Gobierno considerará como contrabando de guerra, y son: armas, pólvora, salitre, azufre, plomo, potasa, sosa, heno, caballos, paja, carbon de piedra, cok, cereales, harina, legumbres, y toda clase de ganado. Esta determinación puede perjudicar mucho a nuestro comercio».

«El emperador y su cuartel general seguían ayer en Metz».

«Las vanguardias francesas siguen, según parece, en Metz, Nancy y Strasburgo».

«La guardia movilizada que se instruye en Chalons está muy vigilada, y no se permite la entrada en el campamento a nadie que no pertenezca al servicio».

«Se ha consultado a la Facultad de medicina de París si sería más conveniente la quema de los cadáveres que su enterramiento después de las batallas, a fin de evitar las epidemias que producen los mismos originales por la corrupción de cuerpos mal enterrados».

«El ministro del Interior del Gabinete prusiano ha ofrecido fijar en las estaciones de ferrocarril los boletines con noticias del teatro de la guerra tan luego como las reciba el Gobierno».

«El resultado de la batalla de Wissemburgo lo supieron y publicaron los periódicos ingleses diez y seis horas antes que los franceses».

«En vista de las complicaciones de la cuestión franco-prusiana, el Gobierno de la unión americana ha mandado componer todos los buques que a fuerza de reparaciones puedan ponerse en disposición de salir al mar. Como la marina no cuenta con más de 8,000 hombres, piensa reclutar gente hasta el número de 15,000».

«El día 4 se expidió orden de prisión contra madama Lyon-Allemand, viuda muy conocida en los círculos financieros».

«El Gobierno francés no pierde de vista la cuestión de extracción de numerario».

«Las tropas de Baviera, Baden y Prusia se instalan en las aldeas de la frontera durante el día, internándose en los bosques por de noche».

Dice un periódico de Madrid que el objeto de la reunión de las Cámaras francesas es pedirles dos mil millones de francos para atender a las circunstancias extraordinarias del momento.

Muchos millones nos parecen.

En cada compañía de infantería del ejército francés se han puesto doce tiradores con el orden expresa de tirar a los oficiales enemigos.

«El efecto producido por las ametralladoras francesas ha sido terrible; pero pasado el primer pánico los prusianos se lanzaban a la bayoneta, abriendo paso con grande estrago por entre las intrépidas filas de los franceses».

La acción de Wissemburgo ha sido realmente sangrienta, como anuncia el parte.

«La posición que más sangre ha costado en la batalla del 4 de Agosto ha sido la colina de Geisbirt, precisamente en donde Hoche consiguió en 1794 la victoria que obligó al enemigo a atravesar el Rhin».

Entre los rumores que corrieron ayer más o menos desprovistos de fundamentos y que no se han confirmado, merecen mencionarse por su gravedad el de la llegada del emperador Napoleón a Chalons, y el de haber abdicado en el príncipe imperial, abdicación que se presentaría hoy a las Cámaras.

Es interesantísima la siguiente carta que describe la batalla de Wissemburgo. Aunque fechada en Rastadt, la carta parece escrita por pluma francesa.

Dice así:

«Rastadt, 5 de Agosto.—Ayer ha tenido lugar bajo los muros de Wissemburgo una sangrienta batalla, cuyo resultado, aunque favorable para los prusianos, no puede llamarse mucho. Voy a dar a usted cuenta de ella después de haber hablado con algunos de los prisioneros franceses, y enterado por el cuerpo de Estado mayor del príncipe Federico Guillermo de los movimientos principales de sus tropas».

Reforzado el ejército prusiano, después del descalabro de Saarbrück, reconstruyó sus fuerzas del valle de Leebach y de la margen izquierda del Rhin desde Mayenza a Rastadt.

El príncipe Federico, al ver la retirada divergente de su ejército del Rhin, y decidido a recobrar la influencia moral por medio de un gran triunfo, concibió la idea de atacar las divisiones francesas de Wissemburgo, mandadas por el duque de Magenta.

La tentativa cuadraba bien a su carácter aventurero, y además estaba perfectamente servido por buenos y activos espías. Dejó, pues, una parte de sus cuerpos en dirección de Rastadt, para asegurar las comunicaciones con el ejército principal, y llevó el grueso de las fuerzas, o sean 26 regimientos de infantería y 32 escuadrones de caballería hacia Wissemburgo. Unas 18 baterías de artillería ligera apoyaban este movimiento, ejecutado tan precipitadamente,

mente, que ni siquiera las avanzadas francesas se enteraron de él hasta que el fuego enemigo les hizo notar el peligro.

Los generales Bittenfeld, Sastow y Voigt-Retz estaban encargados de dirigir el ataque, y justo es confesar que se condujeron bravamente.

Comenzó el movimiento prusiano cuando los regimientos franceses no habían tenido apenas tiempo de ocultarse detrás de parapetos bien insignificantes. Después de la victoria de Saarbrück las tropas francesas confiaban mucho en su valor personal. Esta confianza los perdió, y para colmo de desdichas, su jefe más esforzado, el general Douai, debía morir al presentarse en el campo de combate, recibiendo un balazo en un hombro y otro en el pecho. Sus seis batallones fueron diezmados por la artillería enemiga; el general Mac-Mahon estaba muy lejos para poder tomar parte en la lucha, de la cual ni siquiera tuvo conocimiento hasta que ya había terminado; y las fuerzas francesas de Wissemburgo esperaban el ataque del ejército prusiano del Sur sin tener ningún atrincheramiento serio para cubrir su línea.

Algunos falsos movimientos de las tropas prusianas fueron simulados con admirable precisión, después de lo cual se arrojaron repentinamente sobre la derecha de las divisiones francesas. El jefe prusiano esperaba sin duda cambiar así el aspecto de las cosas, conquistando una gran reputación, porque operaciones semejantes, mandadas con toda la habilidad del genio y con un arrojo imponderable, debían cortar en dos el ejército del general Mac-Mahon, cuyo valor y reputación era una garantía para el buen éxito de las tropas francesas.

La primera columna se componía de 23 batallones bávaros y prusianos, y precedida de una avanzada bastante fuerte envió las divisiones francesas por la derecha, extendiéndose en el llano para atacar el flanco del general Douai. El grueso de las tropas se dirigió simultáneamente a Wissemburgo, en combinación con una formidable artillería que desde las alturas dominaba la extrema izquierda francesa y hacía un fuego mortal.

Las divisiones francesas desplegadas en una extensión relativamente considerable, no eran bastante fuertes para impedir el paso de grandes columnas. Una lucha horrible se empezó en toda la línea; la del enemigo tuvo que replegarse ante una carga desesperada de los franceses, que arrasaban cuanto se les oponía al paso; llevados de su ardor dos de estos batallones se lanzaron en medio de las líneas prusianas, sembrando en ellas la muerte. El príncipe Federico conoció el peligro: corrió a la cabeza de una parte del cuerpo de Bittenfeld, restableció el combate, y privados los dos batallones de toda comunicación con las demás divisiones, fueron hechos prisioneros.

El general Sastow, que operaba a la derecha, había conseguido algunas ventajas sobre la izquierda de Douai, quien volando al socorro de sus tropas, recibe mortales heridas. Nuestras divisiones, cuyos fuegos convergentes habían sembrado de cadáveres el campo prusiano, pero que también habían sufrido pérdidas inmensas, fueron rodeadas por una columna de refresco que bajó de las alturas inmediatas, viéndose obligadas a pronunciarse en retirada. En aquel momento se presentó en el campo de batalla el duque de Magenta.

Cuando la artillería del duque de Magenta empezó a jugar, las tropas prusianas ocupaban las siguientes posiciones.

El ala derecha, que había desembocado por los bosques de Rheins-Abern, se componía de 42 batallones de tropas escogidas y de 10 escuadrones, formando un total de 14,000 hombres a las órdenes del general Sastow, y que se desplegaban en actitud de rebasar la columna francesa. El centro lo formaba una masa de 17 batallones del cuerpo de ejército de Bittenfeld, y el ala izquierda la cubrían ocho batallones y una considerable masa de cazadores a caballo, cuyas fuerzas completaban la formidable columna que acababa de envolver a las fuerzas del general Douai.

Entre las dos alas se encontraba una poderosa reserva, una de cuyas partes, compuesta de granaderos de la Guardia real, había experimentado grandes pérdidas sosteniendo la carga de los franceses.

La cabeza de la derecha prusiana, apoyada por dos baterías de artillería, se desplegaba en proporciones imponentes, y sus fuegos se hacían muy mortíferos, cuando se oyó el cañonazo de Mac-Mahon que sonaba en lontananza. La tierra parecía temblar bajo el peso de una avalancha humana que corría al peligro. También el príncipe de Prusia redobló en aquel instante su ardor, lanzando nuevos batallones; pero ya los franceses se habían asegurado, y a partir de este momento los prusianos no ganaron ya ni una pulgada de terreno.

Llegaron, en efecto, estos regimientos que salvaron la división Douay de un descalabro cierto; habían atravesado a paso de carga innumerables desfiladeros, y tal era el ardor que sentían, que la cabeza de su columna se asemejó a la de un toro furioso, marchando a chocar contra los prusianos, aun antes de esperar el efecto producido por su poderosa artillería, cuyas innumerables baterías tomaban posición en la dirección de Lembach y sobre las alturas vecinas.

Cuando el príncipe de Prusia marchó sobre Wissemburgo, dejó en su extrema derecha un cuerpo de unos 10,000 hombres próximamente, para sostener los combates que la inmensa inferioridad numérica de los franceses no hacía entonces necesaria. Este cuerpo de reserva podía también, en caso de peligro, cubrir la retaguardia de su ejército y sostenerla en todas las eventualidades.

Su primer proyecto de sorprender con sus operaciones a los franceses había sido alcanzado. Cuando Mac-Mahon llegó al campo de batalla, no quedaba otro recurso al príncipe de Prusia que apresurar sus movimientos. Toda vacilación hubiera sido funesta. No pudiendo por lo demás concebir ningún temor, empezó sucesivamente sus reservas; pero los franceses, a pesar de su marcha por las montañas, para mantener la comunicación con las tropas del general Douai, a pesar de fatigas sin número, porque habían dominado obstáculos insuperables, empezaron a su vez a tomar la ofensiva, después de haber resistido victoriosamente a los nuevos esfuerzos de los prusianos.

Rechazaron primero las tropas ligeras prusianas que formaban la vanguardia, después su línea principal ensanchada con numerosas columnas que tomaban inmediatamente parte en la acción; el príncipe de Prusia debió pensar, en fin, en replegar su ejército; pero este movimiento se ejecutó sin que el mariscal Mac-Mahon tratase de forzar ni de inquietar a los prusianos.

Una parte del cuerpo de Mac-Mahon, empeñado primitivamente bajo las órdenes del general Douai, el cual pagó con su vida el primer contratiempo de las armas francesas, que sin duda habría evitado guardándose con un poco más de cuidado, experi-

mentó grandes pérdidas. Yo vi pasar 200 hombres próximamente, que, casi todos heridos, concluían de ser hechos prisioneros. Desfilaban con la cabeza erguida y el ánimo sereno y mirando con rabia y dolor los uniformes prusianos que cubren en este momento la Alemania entera.

El general de Bittenfeld, que tenía a su lado tres oficiales de Estado Mayor y un coronel, miraba de una manera dura y altanera a los prisioneros. De pronto se abren las alas; el príncipe de Prusia llega, se descubre respetuosamente y volviéndose hacia M. de Bittenfeld:

—Saludad al valor, señores, dijo: en mi vida he visto nada tan valiente como estos soldados a quienes la fortuna ha sido adversa.

Las fuerzas prusianas concentradas en Wissemburgo representaban unos 80,000 hombres próximamente. Muy inferiores en número los franceses del general Douai, no pudieron vencer a sus enemigos; pero su vigorosa resistencia impidió al príncipe de Prusia obtener el resultado que esperaba de amenazar el flanco y las retaguardias del ejército francés, reunirse al ejército prusiano del Sud, y dar a la Francia un golpe decisivo, amenazándola, desde el principio de la campaña, por el boquete de Belfort, que abre la puerta para ir hasta el corazón del imperio. Quería sin duda hacer un movimiento igual al que las tropas aliadas realizaron en 1814 para concluir con el primer imperio.

Después de la sangrienta batalla de Wissemburgo, que tan cara ha costado a ambos ejércitos, los prusianos hicieron un movimiento de retirada y tomaron su posición al borde del bosque. El duque de Magenta, dueño ahora de su acción, pudo formar y ejecutar proyectos que dieran incesantemente a la Francia una revancha digna de la bravura de sus soldados.

EL PENSAMIENTO ESPAÑOL.

MADRID, 9 DE AGOSTO DE 1870.

NUEVA DISPOSICION

SOBRE EL JURAMENTO DEL CLERO.

Aunque los asuntos de la guerra preocupan de tal manera la atención pública que apenas nadie acuerda en estos momentos de las graves cuestiones interiores, no hemos nosotros de olvidarnos enteramente de ellas, dejando que pasen inadvertidas providencias y pretensiones que podrían causar no pequeño daño.

Apartado, pues, por un instante la vista de los campos de batalla, vamos a fijarla en los esfuerzos que se hacen para dividir y humillar al Clero español que tan grandes muestras de magnanimidad, ilustración y desinterés está dando en las azarosas circunstancias que atravesamos.

Ninguno de nuestros lectores habrá olvidado las peripetias porque pasó la cuestión de juramento a la Constitución de los revolucionarios exigido al Clero. Hubo un tiempo en que, mediante las condiciones señaladas por la Santa Sede, no se veía inconveniente en prestar dicho juramento, y lo prestaron con muy buena fe varios eclesiásticos a quienes entonces les fué exigido.

Luego las intemperancias del ministro de Hacienda en el Congreso presentando la prestación del juramento como una cosa venal que se compraba por el cobro de la asignación eclesiástica, y el ineficaz preámbulo del ministro de Gracia y Justicia que daba al juramento la significación de una adhesión completa a las conquistas revolucionarias contra todo lo convenido con la Santa Sede, cambiaron por completo el estado de la cuestión.

Los Ilmos. señores Obispos, algunos de los cuales al salir para Roma habían dejado redactada la Pastoral *ad vivandam scholam*, hicieron la justa y merecida exposición de 26 de Abril, que mereció el honor de ser publicada en el diario oficial de Roma, así como la que poco después dictó el Emmo. señor Cardenal Arzobispo de Santiago desde entonces el Clero, ofendido en su dignidad, herido en sus sentimientos más puros y santamente adherido a sus Prelados, se negó a prestar el juramento.

Así las cosas, los diarios liberales, deseosos de promover un cisma entre los eclesiásticos, no cesan de vituperar a los que no han jurado, acusándolos hasta de faltar a mandamientos de superiores que ninguno ha dado; y al mismo tiempo ensalzan a los que juraron, tributándoles alabanzas y aplausos que ellos rechazan, con el fin de separarlos de sus hermanos y de inutilizarlos para el ministerio, haciéndoles perder la confianza de los fieles.

Hé aquí el primer resultado que pretenden sacar de una cuestión tan expresamente y de un modo tan artero embrollada por las variaciones del Gobierno y por las contradictorias esplicaciones dadas por los ministros de S. A.

Afortunadamente el pueblo católico español es bastante ilustrado para distinguir a los pocos Clerigos verdaderamente liberales y adheridos a las conquistas revolucionarias, de los Sacerdotes que juraron en época en que no había los inconvenientes que hubo más tarde o lo hicieron fundándose en alguna explicación artificiosa cuya malicia no comprendieron.

Ataban enhorabuena los revolucionarios a su docena de Clerigos; pero no ofendan con aplausos que les hieren en el alma a Sacerdotes que si falta hubiesen cometido sería la de haberse fiado en demasía de sus palabras.

Que la revolución no ha llevado en todo este

más mira que la de dividir y humillar al Clero, lo prueba además de los actos ya conocidos de nuestros lectores, otro reciente que es el que ha puesto la pluma en nuestras manos, porque cambia esencialmente la faz de la cuestión.

Habiendo algunos Clérigos acudido recientemente a S. A. el regente pidiendo prórroga de plazo para jurar la Constitución, se les ha contestado por orden publicada en el *Boletín Oficial* de la provincia de los solicitantes concediéndoles el plazo que pedían, pero con la condición de que juraran lisa y llanamente sin salvedades de ningún género, es decir, sin consideración a lo convenido antes con la Santa Sede.

Este es el punto á donde querían venir á parar los revolucionarios. Conociendo el espíritu de la respetable clase eclesiástica, antes de pedirle el juramento al Gobierno acude á Roma y protesta que á nada quiere obligarla que sea contrario á las leyes de Dios y de la Iglesia, llegando un ministro á decir que si en la constitución no hay nada inocente sino el título, el Clero no jurará otra cosa que el título.

Después adelanta, y ya no se contenta con que el juramento se preste solo á lo que no se opone á las leyes de Dios, sino pretende que el juramento signifique adhesión al librecultismo y demás principios anti-católicos consignados en la Constitución; pero esto se dice en el preámbulo de un decreto, y viendo que á pesar de la vaguedad de la forma, la malicia ha sido descubierta, trata de sincerarse á medias.

Ahora que se ve solicitado por algunos Clérigos, ya prescinde de todos los respetos, exigiendo un juramento liso y llano, tratando á los Clérigos como á pretendientes que buscan la paga.

¿Qué eclesiástico querrá jurar con estas condiciones? La revolución se ha quitado del todo la máscara, y ya no es temible.

El Clero podrá no ser satisfecho en sus derechos, pero no humillado; podrá morir de hambre, pero morirá con la honra intacta.

Los periódicos que hasta hace pocos días alegaban declaraciones superiores cuyo sentido y alcance no comprendían, ni mentarlas podrán en adelante, porque en el juramento tal como al presente se exige, se prescinde de ellas como si no existiesen. Las dudas que pudo haber en otro tiempo, no caben después de las últimas disposiciones del Gobierno.

La revolución se ha llevado un chasco, por el cual damos á Dios fervientes acciones de gracias. Quiso dividir al Clero, y el Clero católico permanece unido; quiso rebajarlo ante los fieles, y el Clero se ha enaltecido, manifestándose digno de su misión y de las bellas cualidades que le adornan.

¿Cuánto diera la revolución para que algunos clérigos prestaran el juramento sin salvedades, liso y llano como ahora se les pide! ¿Cuánto diera para poder decir: «los Curas son como los demás; eso de las salvedades era un pretexto!»

Los republicanos están contentísimos. Ven caído ya el imperio francés, que brotó de entre las ruinas de la república del 48, y creen inevitable el triunfo de esta forma de gobierno, aunque se rehaga el ejército francés y obligue á sus enemigos á retroceder.

La verdad es que las noticias de París confirman el hecho de haberse alterado el orden en aquella capital á los gritos de «¡abajo el imperio!» ¡viva la república! y que si una nueva derrota viene á amargar el altivo corazón de Luis Bonaparte, su imperio ha concluido definitivamente y la república socialista y horrible de los Victor Hugo, Rochefort y Gambetta recogerá la herencia imperial para pasar inmediatamente á manos de no sabemos quién.

Esta inminencia ha producido en Madrid el efecto que era de esperar. Los diarios republicanos, creyéndose invencibles, invitan á todos los revolucionarios, y al Gobierno el primero, á colijarse bajo la enseña de la república, como medio único de salvarse del influjo que necesariamente ha de ejercer luego Prusia vencedora, cuyo rey «despota, altanero (así dice *La Igualdad*) que se cree de derecho divino, abriga la temeraria presunción de resucitar en pleno siglo XIX el sacro imperio de Carlo Magno.» Muy favorecido sale aquí el rey Guillermo. ¡Lástima que no merezca estas alabanzas!

Los que rodean al Gobierno, singularmente cimbrados y progresistas, según indica *La Correspondencia* de anoche, parece que empiezan á acariar la idea de una alianza con los republicanos. De los progresistas entrarán quizás también algunos que por ahora se proponen guardar cierta actitud reservada. Creemos que en esto se debe aludir al Sr. Ruiz Zorrilla, el cual, al decir de *El Pueblo*, ha determinado alejarse de la vida pública durante el conflicto franco-prusiano.

La Correspondencia añade estas noticias: «El directorio republicano se ha reunido hoy y probablemente publicará un manifiesto á sus correligionarios.

—El Sr. Pi y Margall es el encargado de redactar el manifiesto del directorio republicano. Las tendencias son de paz, consejos de orden al partido.

—Entre los amigos del Gobierno que más habían combatido la próxima apertura de las Cortes, se notaba hoy una tendencia muy marcada favorable á la inmediata reunión de las Cortes, en vista de las graves circunstancias que amenazan á Europa.

Sobre la noticia referente al consorcio entre cimbrados, algunos progresistas y republicanos, dice *El Puente de Alcolea* lo que sigue:

«Añoche se comentaba en los círculos políticos de esta capital un suceso de *La Correspondencia de España*, que insertamos en otro lugar de este número, referente á cierto consorcio que se pretende establecer entre republicanos y progresistas, al cual se decía no ser ajenos algunos miembros del Gabinete de S. A. Aunque oímos diferentes voces pronunciando sus nombres, no los escribimos, porque no damos asenso á semejante especulación.

Sin embargo, había quien afirmaba que un deter-

minado periódico levantará, si no como dice *La Correspondencia de España*, la punta del velo, por lo menos descubrirá hoy la punta de la oreja. Esto nos hace recordar una conocida fábula de Samaniego.

El periódico que había de levantar la punta del velo es, á lo que parece, *El Imparcial*. Sin embargo, hoy conserva una actitud muy reservada que si no es hostil á los republicanos, tampoco puede decirse favorable. Está todavía á ver venir.

Pero nadie más explícito y más esperanzado que *El Pueblo* en su primer artículo de fondo. Oigámoslo:

«Lo que antes se miraba con recelo se aguarda ahora como esperanza. Es de presumir (casi podríamos asegurarlo) que en las regiones oficiales se pronuncia con respeto una palabra que lleva consigo una solución calificada por *La Iberia* de risible hace muy pocos días. No sabemos si hoy se atreve á tanto el desorientado colega.»

Esa solución es, como se ve, la república. Estamos conformes con *El Pueblo* en que *La Iberia* no la llamará ahora risible. Aquí lo risible es todo lo que huele á progresista. Estos infelices varones parecen destinados por Dios para no ver nunca más allá de sus narices.

Pero el artículo segundo del *Pueblo* demuestra que su fin en la república no es tan grande como su esperanza en el próximo planteamiento de este linaje de gobierno, si tal nombre merece.

Después de decir que el imperio francés ha caído, exclama presa de una duda que tiene gravísimos fundamentos:

«Pero, sobre las ruinas del poder caído, todavía puede levantarse otro poder no menos inicuo, no menos afrentoso, no menos terrible en Europa; y al influjo de los Bonapartes, todavía puede suceder un influjo no menos bastardo, no menos funesto, no menos humillante en España. ¿Qué sucedería si la fortuna coronase con sus favores las armas de Guillermo? ¿Qué sería un gran imperio alemán enclavado en el corazón de Europa? La Santa Alianza, el Congreso de Verona, 1815 y 1819, no bastan á reflejar sino un pálido rayo de siniestra luz sobre el cuadro que presenciarian atónitas las gentes y las naciones. Ministros de la ambición moscovita los diplomáticos del Norte acaso empezarán por rectificar el mapa; ministros de su cólera los cosacos tal vez concluirán por imponer el decreto de los diplomáticos.»

El Pueblo está convencido de que la república del Mediodía naciendo de la grandeza del Norte sería un meteoro. Para evitar lo cual quiere que la Confederación republicana del Mediodía se establezca antes de que se resuelva el conflicto franco-prusiano. Es querer un imposible. La república se establecerá en cuanto Francia sea derrotada definitivamente; antes no; y estableciéndose de ese modo, es claro, como *El Pueblo* comprende, que la república desaparecerá y que vendrá la restauración verdadera de la Europa latina, empujada por la Europa del Norte.

El Gobierno español, si continúan los sucesos en el mismo sentido que hasta aquí, cambiará el nombre del actual estado de cosas. En vez de regencia interina se llamará república; pero en la esencia no habremos variado un ápice. En tal caso, la incertidumbre, el desorden y la inmoralidad habrán aumentado y estos males servirán para abrir los ojos de muchos ciegos y mover el ánimo de muchos tímidos á quienes el interés, ya que no otra cosa, empujará á nuestras filas reforzándolas para llevar á cabo con más celeridad y menos perturbación la empresa de salvar á España.

Durante todo el día de ayer continuaron propagándose noticias muy desfavorables para las armas francesas. Como si no bastaran los pormenores más ó menos exactos de las tres derrotas sufridas por el ejército imperial, declárese que este, no considerándose seguro ni en Chalons, iba á concentrarse más acá; que los prusianos continuaban persiguiendo sin cesar á los franceses, que habían recorrido ya cuarenta leguas en territorio francés; que de Berlín salían cada diez minutos dos mil hombres hacia la frontera francesa; y en fin, que era punto menos que imposible resistir el empuje de los prusianos y cerrarles el paso á París. Para ponderar la angustiosa situación de Francia, añadían unos que el emperador había abdicado, y no faltaba quien aseguraba que había muerto.

Un poco de calma y evitemos las exageraciones propias de nuestro carácter meridional.

No hay en verdad por qué amenguar la importancia de los descalabros sufridos por los franceses, y nos parece ridículo que haya periódicos que se empeñen en ello después de conocidos los partes oficiales remitidos á París desde el cuartel general del ejército francés, y las allocuciones del emperador y de la emperatriz á los franceses. Cuando los jefes de la nación declaran sin rebozo que se necesita un gran esfuerzo patriótico para salir del compromiso en que los han puesto las derrotas sufridas, no es posible sin incurrir en caprichosa y temeraria parcialidad, negar la gravedad de la situación de Francia.

Pero no incurramos tampoco en el extremo opuesto, mirando con cristal de aumento los triunfos alcanzados por los prusianos. No es poco que estos hayan conseguido en tres días arrojar de sus posiciones al ejército enemigo, que creía poder tomar la ofensiva, haberle desbaratado su plan de campaña, causándole grandes pérdidas, cogiéndole banderas, cañones, equipajes y muchos prisioneros; y penetrando con grandísimas fuerzas por distintos puntos, en el territorio francés. ¿Cuál es hoy la situación del ejército prusiano y cuál la del francés?

No se confirma la noticia de que los franceses vengán á toda prisa á concentrarse á Chalons, y que los prusianos vengán pisándole los talones veinte ó treinta leguas más acá de la frontera prusiana.

Es verdad que se dice, con referencia á telegramas que no hemos visto publicados, que los prusianos continúan persiguiendo á los franceses que van en retirada, pero no hay noticia alguna de que el grueso del ejército de estos haya dejado

atrás los campos de Metz, de Nancy ni aun de Strasburgo; y respecto á los prusianos, los últimos partes insertos en la *Gaceta* dicen que sus fuerzas estaban distribuidas de esta manera: el rey Guillermo en Kaiserlauter (Baviera), la derecha mandada por el príncipe Federico Carlos, que derrotó á Frossard en Saarbrück, el centro en Biescastel, cerca de Forbach y Bitsche, pueblos franceses, y la izquierda en Bitsche. Además (un parte de la *Agencia Havas* anuncia que un cuerpo de ejército prusiano ha pasado el Rhin por la parte de Colmar, pueblo francés situado entre Strasburgo y Belfort, por donde se presenta una entrada fácil hacia el interior de Francia.

Es de notar que la noticia de que la izquierda del ejército francés está en Bitsche ha venido en un telegrama de Berlín y de esta misma capital se comunicó pocas horas antes que Mac-Mahon se había retirado al mismo punto, esto es, á Bitsche.

Resulta, pues, que los ejércitos prusiano y francés estaban á la fecha de los últimos partes á muy corta distancia uno de otro y ambos no muy distantes de la frontera y todo induce á creer que los franceses se concentraban delante de Metz y de Nancy para presentar á los prusianos una batalla que quizá se haya dado ya ó se esté dando en el momento en que escribimos.

Entre tanto, como es fácil adivinar, reina en el interior de Francia grandísima intranquilidad y los republicanos no se descuidan en utilizarla en provecho de su causa. Acerca de esto corren noticias gravísimas de que en otra parte nos hacemos cargo, pero en cuya exactitud no hay motivo para creer hasta ahora. No es aventurado, sin embargo, suponer que la suerte de la dinastía imperial puede depender del éxito de la primera gran batalla que se espera con impaciencia.

Circulan también vagos rumores relativos á negociaciones diplomáticas entre Francia y algunas potencias de Europa; pero las circunstancias no parecen á propósito para que Francia espere ahora ventaja alguna por ese camino.

Sin embargo, hay que reconocer que aún no ha pasado la posibilidad de que la guerra se estienda á otras naciones. No es fácil prever en estas circunstancias los sucesos que de un momento á otro pueden ocurrir.

Nuestro corresponsal del vecino imperio, con fecha de ayer nos dice lo siguiente:

«No conozco pueblo más impresionable que el francés. La noticia de la acción de Sarrebrück, que á la verdad tiene poquísima importancia, entusiasmo á estas gentes, que empezaron á contar maravillas del chassépot y de las ametralladoras. Decían ya los que querían echársela de imparciales, que no tenía gracia ninguna derrota á los prusianos siempre que se presentasen á tiro, pues el superior alcance del fusil y de la artillería de Francia quitaba toda la gloria á los vencedores: llegar á Berlín era un paseo militar, y tomar el cuartel general alemán diversion de pocos días. Estas ilusiones se han desvanecido de un soplo. La toma de Wissemburgo, donde pereció el general Abel Douai, y la derrota de Mac-Mahon en Forbach, han esparcido el pánico en todo el imperio. Hoy se sabe que los prusianos están delante de Nancy, camino recto de París, habiendo dejado á su derecha á Metz; lo cual ó es una grande imprudencia, ó un atrevimiento que indica la más completa confianza. El emperador está perdido, sino lo salva la Francia. ¿Lo salvará? Esta es la cuestión.

En Francia hay dos partidos poderosísimos, el uno por su audacia y el otro por el apoyo de la clase media, los cuales á toda costa desean la caída de Napoleón: el partido republicano y el orleanista. El emperador, viéndose sin apoyo en la opinión, ha balagado al primero y se ha mostrado receloso del segundo; pero los intrínsecos socialistas no se han aplacado ni con la *Marsellesa*, ni con la proclamación de los principios del 89; y dígame lo que se quiera, siguen siendo prusianos, como lo son los verdaderos liberales de Italia, de España, de Austria y de todas partes. Los orleanistas, esto es, los tenderos de aceite y vinagre, no son tan franceses; pero aguardan que Bismarck les ponga en París á un Orleans, dinastía de los masones y del doctrinarianismo.

Las cosas pudieran cambiar de faz con una gran derrota de Prusia; pero esta no haría hoy más que aplazar los sucesos; porque una gran victoria por parte de Francia, solo daría por resultado restablecer los hechos al estado que tenían antes de la guerra.

Por de pronto las esperanzas de paz inmediata se han desvanecido, y todo camina hacia la guerra general. Es muy probable que Austria se decida á romper con Prusia, porque si no está perdida. En Italia han comenzado los republicanos á levantar barricadas; y si el Gobierno se decide á llevar adelante su compromiso con Luis Bonaparte, tendrá que luchar con el partido de acción. Si el empuje es fuerte, no es inverosímil que el Gabinete de Florencia se deje vencer. Rusia vendrá entonces en auxilio de los prusianos, é Inglaterra no podrá conservar su neutralidad.

En cuanto á España, se cuenta aquí por seguro que Prim será el primero en proclamar la república á pocas derrotas del imperio francés como las dos últimas. Hay mil síntomas que indican la poca confianza que aquí se tiene en el general Prim. Anteayer se contaba por seguro que en Madrid había habido una iluminación general al saberse la toma de Wissemburgo por los prusianos. La noticia era falsa; pero la seguridad con que se daba demuestra la idea que se tiene del Gobierno español, á pesar de todas las zalamerías de Olózaga. En todas partes se cuenta que los amigos del Gobierno español dicen *viva Prusia*, y á este rumor corresponde el grito de *abajo los españoles* que yo he oído á varios grupos que van cantando la *Marsellesa*. En algunos puntos se ha llegado á

vías de hecho contra nuestros compatriotas. Nada de esto se dirige contra los carlistas. Francia es hoy más carlista que los españoles; y si los partidarios de D. Carlos pudiesen poner de la noche á la mañana 25,000 hombres sobre las armas, la opinión nacional de este país estaría con ellos, á despecho de ambos Gobiernos. Aquí se quiere cualquier cosa antes que al general Prim, el cual, si pocas simpatías tiene en Francia, las cuenta mucho menores en Prusia. Tal es el resultado de una política falsa y meticulosa, de eso maquiavelismo en pequeña escala que solo sirve para excitar el desprecio de aquellos contra quienes se emplea.

Y cuanto digo de los carlistas puede aplicarse á los republicanos, los cuales no se verían hoy tan abandonados como lo han estado de sus amigos de Francia. El Gobierno español, el Gobierno personal de Prim es aborrecido por unos y por otros, pues nadie quiere fiarse de él.

Las Cámaras francesas se reúnen; hay quien dice que para recoger la abdicación de Napoleón: ahora me parece imposible contener la opinión de los que desean la reunión de las Cortes españolas. El hombre se mueve y Dios lo lleva. Todo menos las aguas cenagosas de ese mar muerto que se llama doctrinarianismo. Europa va á cambiar de faz; y como no había cara que á nosotros nos sonriese, crean ustedes que nada podemos perder en el cambio.

Según los últimos despachos, ya no queda ningún soldado francés en el territorio pontificio. El Gobierno imperial ha consumado, pues, una gran torpeza y una gran falta que tal vez ha empezado á purgar.

Es probable que se rian de nosotros los *espiritus fuertes*; pero desde el día en que se dió la orden de retirada á las tropas francesas, tememos por el imperio. Y estos temores, manifestados por nosotros en aquella ocasión, han sido también explícitamente expresados en Francia, en Italia, en Austria, en Inglaterra, en Suiza, en todas las naciones. Los periódicos católicos de Francia, en medio de su entusiasmo bélico y de su confianza en la victoria, dijeron: ¡bajo qué auspicios tan tristes empezamos la guerra, retirando nuestras tropas de Roma! y alguno hubo que con gran pena decía: desde que el emperador declaró que la bandera que Francia llevaba al Rhin es la de nuestra gloriosa revolución, la bandera imperial no debía cubrir el Vaticano. No era aquí su lugar: Dios tenga misericordia de Francia.

También nosotros hemos indicado que si la invocación del auxilio divino no era una vana fórmula, no comprendíamos cómo el Gobierno del emperador rogaba á los Obispos que implorasen del Todopoderoso favor para las armas francesas, al propio tiempo que abandonaba al Romano Pontífice. La mejor oración para implorar la protección de Dios era proteger á su Vicario.

A este propósito debemos recordar un hecho, que tal vez tuvo presente la piadosa emperatriz al poner una lámpara de oro en la capilla de Nuestra Señora de las Victorias. Cuando el duque de Persigny puso en 1860 la primera piedra de esta capilla dijo: Nuestra Señora de las Victorias nos amparará siempre, porque sostenemos al Romano Pontífice, Austria que le abandonó en las Romanías, fué castigada en Solferino y Magenta.

Tal vez, repetimos, la piadosa emperatriz haya recordado con amargura estas palabras, al ver que la derrota de las armas francesas coincidía con la retirada del cuerpo de ocupación en Roma: Austria fué castigada en Solferino y Magenta porque abandonó al Papa en las Romanías.

Altos juicios de Dios. Nosotros los veneramos y acatamos con humildad. No sabemos qué va á suceder en esta guerra formidable que estremece á Europa. No queremos engrandecimiento de Prusia, ni deseamos la humillación de la Francia católica. Más parece que Prusia, cuyo poder ha nacido de la política egoísta y criminal de Francia, es el instrumento destinado á hacer purgar al imperio sus iniquidades y sus innumerables torpezas y errores.

Un periódico progresista de esta capital ha visto con asombro que su «apreciable colega valenciano *Los Dos Reinos*,» encabece su número con el siguiente suelto en gruesos caracteres:

«Anteanoche la Guardia civil de Torrente desarmó á los guardas de término, á pesar de exhibir estos el nombramiento del alcalde.

Acabar con los progresistas moral y materialmente es lo que se han propuesto estos polacos de la situación, estas excrecencias de la democracia, estos lacayos de Campo que dominan hoy por estas tierras.

¡Alerta, progresistas, vuestras vidas y haciendas peligran! Los moderados vuelven á imperar bajo un nombre distinto.»

El periódico progresista de Madrid comenta las anteriores frases de su apreciable colega progresista de Valencia, en estos términos:

«Ante esto solo diremos dos palabras: que el Gobierno no se deje adormecer por los cantos de una sirena y que restablezca en el hermoso país de las flores la moralidad y la justicia.»

Es decir que en el hermoso país de las flores hoy por hoy abundan las espinas de la inmoralidad y de la injusticia.

Agradecidos deben quedar al diario madrileño el ministerio, los progresistas de Valencia y su apreciable colega *Los Dos Reinos*, tan liberal y progresista cuando menos como el diario, cuyas son las líneas que dejamos copiadas.

Los periódicos afectos y desafectos al ministerio creen que de un momento á otro se publicará en la *Gaceta* el anunciado decreto concediendo una amnistía general á todos los emigrados y procesados por causas políticas.

El Universal daba como probable que hoy se publicaría este decreto. *La Correspondencia* decía que aparecerá cuando menos se espere, y *El*

Eco de España atribuye la inminencia de la amnistía completa á haberse humanizado el general Prim con los republicanos á consecuencia de los temores y esperanzas que ha despertado la guerra franco-prusiana.

Nosotros estamos convencidos de que el Gobierno, mirando su propio interés y no el de sus enemigos, concederá muy pronto la amnistía si las armas francesas siguen sufriendo descalabros.

Pero aun haciéndolo por su propio interés, no dejaremos nosotros de agradecer al Gobierno esta determinación laudable.

La Iberia, que es el periódico que más se ha distinguido en dar noticias alarmantes del partido carlista, anunciando todos los días una intencionada y denunciando agitaciones en algunos puntos de España y hasta echando á volar, con notable ligereza, ya que no con mala intención, nombres propios, dice hoy que las noticias referentes á próximos trastornos carlistas son completamente inexactas.

Nosotros así lo creemos, primeramente porque hoy por hoy los carlistas no necesitan moverse para avanzar muchos pasos en el camino del triunfo, y luego porque el Gobierno va á dar la amnistía y por consiguiente, sabido se tendrá que los carlistas no conspiran.

Como es natural, estos días abundan las noticias de efecto.

Añoche se aseguraba que el emperador había pedido una intervención diplomática á las grandes potencias de Europa.

Decíase también que Changarnier, Victor Hugo, Ledru-Rollin, Louis Blanc y demás republicanos emigrados de Francia se hallaban en París; que en varios puntos de la capital se habían levantado barricadas y que en dos distritos ó cuarteles había sido proclamado el directorio.

Se daba por indudable que en París hubo gravísimos desórdenes desde el momento en que se tuvieron noticias de las repetidas derrotas del ejército francés.

Se añadía que ayer, aunque templada la efervescencia y dominada la irritación contra el imperio por el sentimiento nacional, la agitación continuaba en proporciones imponentes.

Y por último, se daba por cosa hecha la abdicación de Napoleón.

El Imparcial habla de telegramas recibidos en esta capital anunciando que los prusianos seguían hostilizando á los franceses; que la emperatriz había dado otra allocución al pueblo de París, y que había penetrado en Francia por la parte del Saar otro ejército prusiano, que el diario cimbró supone la vanguardia del ejército del rey Guillermo.

Hasta ahora ni la *Gaceta* ha publicado ni nosotros hemos recibido ninguno de esos telegramas á que se refiere *El Imparcial*.

En un largo y meditado artículo que publica *Le Monde*, con la firma de V. de Maumigny, hablando de lo conveniente que para el imperio y para Francia hubiera sido apoyarse en las simpatías de los católicos de todo el orbe, dice lo siguiente:

«Contra el mal querer de España y de Italia, la Providencia nos había proporcionado dos garantías: D. Carlos en París, Civita-Vecchia en los Estados romanos; y sin embargo, á la voz de Olózaga, á la voz de un agente de Prim, nosotros hemos abandonado al uno y á la otra! Y haciendo lo contrario, todo el mundo hubiese comprendido que el emperador, que ha conocido el destierro, ejercía á su vez la hospitalidad á favor de un príncipe.»

Tiene razón el *Monde*. El emperador, que ha conocido el destierro, podía muy bien haber ejercido la hospitalidad á favor de un príncipe desterrado, de quien nada tenía que temer el imperio. Luis Bonaparte ha preferido contentar las inexplicables exigencias de Olózaga y Prim, y ha perdido las simpatías de los católicos de España, como las de los de Italia y Francia, por razones semejantes.

Entre la revolución y el Catolicismo ha optado por la revolución. La revolución le dará su merecido.

No dejará *La Discusión* de conocer que es poco menos que imposible entendernos en la ligera polémica sobre la conducta de Victor Manuel y Garibaldi, respecto de los Estados Pontificios, mientras aquel periódico sostenga el derecho de estos dos personajes á penetrar en casa ajena, con excusa de representar al pueblo italiano, y nosotros afirmemos el derecho de todo soberano legítimo á poseer la plenitud de su soberanía, como el padre á poseer la plenitud paterna.

Pruébenos que al Papa no le pertenece la posesión de la soberanía en sus estados; pruébenos después que Victor Manuel y Garibaldi tienen derecho á aquella posesión, y luego hablaremos.

Pero ¿cómo hemos de discutir con quien asegura muy frecuentemente que Roma es de Italia y no del Papa y que los garibaldinos, que son italianos, en nombre de su patria la reclaman? Pues qué, ¿no es italiano también el Papa? ¿No podía reclamar, por este motivo y con más derecho ciertamente que los garibaldinos, la posesión de Italia entera?

La Discusión nos habla de la autonomía de los pueblos. Nosotros no reconocemos semejante autonomía. Es una palabra hueca que solo sirve para disfrazar ambiciones inicuas y despojos tiránicos. Pero aun cuando la autonomía de los pueblos fuese una verdad, tendríamos derecho á exigir de *La Discusión* que nos probase que Garibaldi y Victor Manuel representan la autonomía del pueblo italiano, y después de esto, que el pueblo romano no

es tan autónomo como el florentino ó el piomontés, y que en uso de su autonomía no puede defender el poder temporal del Pontífice como prenda de su libertad y de su dicha.

Si *La Discusión* quiere discutir, discutamos; pero discutamos seriamente.

Los partes telegráficos recibidos ayer en el ministerio de Estado, dicen lo que sigue:

«PARIS, 7 (á las once de la noche).—Ninguna noticia importante del ejército. Mucha animación en París. Desfilan por la plaza Vendôme columnas de voluntarios que van á tomar las armas.

PARIS, 8 (á las diez y treinta de la mañana).—Se convoca para mañana al Senado y al Cuerpo legislativo. Se cree en la proximidad de una batalla. El ministro de la Guerra propone á la emperatriz, y esta aprueba, la formación de un ejército de 150,000 hombres escogidos, más los cien mil del contingente de 1869, y 400,000 de la Guardia móvil y cuerpos francos.

BERLIN, 6 (Oficial).—El príncipe real ha derrotado hoy al mariscal Mac-Mahon en Woerth.

PARIS, 8 (á las once de la mañana).—Un despacho oficial de Metz del lunes á las ocho y cincuenta minutos de la mañana, dice: «El ejército se concentra para marchar sobre los Vosges y defender su paso. La noche ha pasado con tranquilidad. No ha habido ningún encuentro.»

Los recibidos á última hora de la *Agencia Fabra*, dicen:

MAGNAN, 7 (por la tarde, recibido por el cable anglo portugués).—Un despacho oficial que se acaba de recibir anuncia que el ejército francés se ha retirado hacia el interior en toda la extensión de una línea.

Los franceses evacuaron ayer á Saarbrück después de haber puesto fuego á la ciudad.

BERLIN, 8 (á las nueve y cincuenta y cinco minutos, llegado el 8 por la tarde).—Un telegrama del príncipe heredero de Prusia, fechado en el campo de batalla cerca de Woerth, el sábado á las cuatro y media de la tarde, dice:

Batalla ganada. Mac-Mahon con la mayor parte del ejército francés ha sido rechazado hasta Bisschke.

LONDRES, 5 (recibido en la tarde de hoy con injustificable retraso).

Cinco navíos y otros buques menores han pasado delante de Torsor (Dinamarca) en la tarde de hoy.

Créese que 20,000 prusianos acamparon cerca de la Selva Negra para impedir el paso del Rhin al ejército francés.

METZ, 8 (á las siete de la mañana, oficial).—El ejército se concentra para marchar hacia las sierras de los bosques para defender el paso.

La noche ha pasado sin novedad. No ha habido ningún encuentro.

Los prusianos avanzan.

Inminente batalla.

CIVITA-VECCHIA, 8 (á las ocho y cuarenta).—Hoy, 6 por la tarde, se embarcan para Marsella los restos de las tropas francesas que ocupaban este Estado.

Han llegado á Roma 1,000 soldados pontificios.

BERLIN, 7 (á las doce).—Despacho oficial de anoche, dice que el ejército francés se retira de toda su línea quemando con bala incendiaria pueblos y bosques. Entró en acción gran parte del cuerpo de Mac-Mahon, retirándose á Bitch.

Rascon.

BERLIN, 7 (á las doce).—En la batalla de ayer el cuerpo de Mac-Mahon estaba reforzado con divisiones del duque de Faily y Canrobert.

Los alemanes han cogido dos águilas, seis ametralladoras, 30 cañones y 4,000 prisioneros.

De las dos partes grandes pérdidas.—Rascon.

El *Diario Oficial* del vecino imperio decía en su segunda edición de ayer, lo siguiente:

«Franceses: Hasta ahora hemos dado siempre sin reserva todas las noticias que hemos recibido. Así continuaremos haciéndolo. Esta noche hemos recibido los despachos siguientes:

«METZ, 7 (á las tres y treinta).—Interrumpidas mis comunicaciones con el mariscal Mac-Mahon, le doy noticias de él hasta que por el general De L'Angle me anunció que el mariscal Mac-Mahon había perdido una batalla contra fuerzas considerables, y que se retiraba en buen orden sobre el Saar.

«El encuentro comenzó hacia la una: no parecía muy serio, cuando poco á poco las masas enemigas se aumentaron considerablemente, aun cuando sin obligar al segundo cuerpo á retroceder, hasta que, entre seis y siete de la tarde, siendo las masas enemigas cada vez más compactas, el segundo cuerpo y los regimientos que le sostenían se retiraron sobre las alturas. La noche pasó en calma. Voy á colocarme en el centro de la posición.—Napoleon.»

(Despachos recibidos en la madrugada de hoy).

LONDRES, 7 de Agosto por la tarde.—Ayer sábado por la mañana, los prusianos atacaron una fuerte posición de los franceses de Oeste de Saarbrück, la cual tomaron al asalto.

Después de una lucha encarnizada, la batalla terminó con la oscuridad de la noche.

Grandes pérdidas por ambas partes.

El parte contiene detalles sobre la batalla de Woerth que se omiten por haberse recibido antes, solo por conducto oficial español.

LISBOA, 7 de Agosto.—El *Diario popular* dice que D. Fernando no ha cambiado de ideas sobre la cuestión relativa al trono de España.

El *Journal de Comercio* dice que las noticias de nuevos ofrecimientos no reconocen más causa que manojos para herir la susceptibilidad patriótica con otros fines.

Comienza la agitación electoral.

PARIS, 8 de Agosto á las dos y 45 de la tarde. La emperatriz y los ministros han dirigido una alocución, haciendo un enérgico llamamiento á la nación para la defensa del territorio.

COLMAR, 8 de Agosto, por la mañana.—Un cuerpo de ejército prusiano ha pasado el Rhin por este lado.

De las partes que hoy publica la *Gaceta* solo son nuevos y merecen transcribirse los siguientes:

«BERLIN, 7, á las tres de la tarde; recibido el 8 á las doce y quince minutos de la noche.—Al señor ministro de Estado.—Recomendado.—Oficial.

«El cuerpo de Frossard rechazado con grandes pérdidas. El rey de Prusia está en Kaiserlauter: la

derecha alemana en Saarbrück: el centro en Bites-castel: la izquierda en Bitch. Los alemanes encuentran llenos de heridos los pueblos franceses. Se cree herido al mariscal Mac-Mahon.—Rascon.»

BRUSELAS 3 de Agosto, á las dos y trece minutos de la tarde; recibido á las diez de la noche.—El ministro de España en Bruselas al Excmo. señor ministro de Estado.—Madrid:

«El rey en la apertura de las Cámaras celebrada hoy ha leído el siguiente discurso entre grandes muestras de entusiasmo.

«Señores: En el momento en que los acontecimientos exteriores exaltan en nuestros corazones el sentimiento de la patria común, estaba impaciente por ver la Representación nacional reunida alrededor mio. Espero que el azote de la guerra no ensangrentará nuestro suelo; que la Bélgica, inofensiva y benévola con todos, no verá violada una neutralidad que le ha sido impuesta y garantida por cada una de las cinco grandes potencias de Europa.

«El emperador de los franceses me ha escrito que su intención formal, con arreglo á sus deberes internacionales, es la de respetar la neutralidad de Bélgica. S. M. imperial me manifestó al mismo tiempo su deseo de ver confirmada la opinión, que profesa, de que Bélgica hará por sí sola respetar su neutralidad por todos los medios que estén á su alcance. Me he complacido en afirmar en mi contestación que el emperador no se había equivocado acerca de nuestras intenciones. El Gobierno de S. M. el rey de Prusia se ha apresurado igualmente á asegurarme por escrito que la neutralidad belga será respetada por el interín no la viole la otra parte beligerante.

Entre los testimonios de benevolencia que he recibido de las Potencias extranjeras, me complazco en mencionar la solicitud del Gobierno de S. M. la reina de la Gran Bretaña por los intereses de la nacionalidad belga, y el generoso apoyo que estos sentimientos han encontrado en el Parlamento y en la opinión pública de Inglaterra. Bélgica por su parte, en la posición que le ha creado el derecho internacional, no desconocerá ni lo que debe á los otros Estados, ni lo que se debe á sí misma, y sabrá conservar durante la guerra á su conciencia neutralidad el carácter legal y sincero que siempre se ha esforzado en dar á sus relaciones durante la paz.

De conformidad con los deseos de los mismos beligerantes, estará pronta á defenderse con todo el ardor de su patriotismo y todos los recursos que puede sacar una nación de la energía de su voluntad. Ya ha tomado mi Gobierno bajo su responsabilidad las medidas que reclamaban las circunstancias y que no dejarán de aprobar las dos Cámaras. En medio de las preocupaciones que tan naturalmente dominan vuestros espíritus, el Gobierno os someterá, únicamente durante vuestro sesión extraordinaria, algunos proyectos de ley de carácter urgente, cuya adopción no deba aplazarse. La Bélgica, señores, ha pasado ya por más de una prueba semejante; pero ninguna ha tenido la gravedad de la que atraviesa hoy día. Por su prudencia, por sus leales sentimientos, por su firme patriotismo sabrá mostrarse digna de sí misma, digna de la estimación que le conceden las otras naciones, digna de la prosperidad que le han asegurado sus libres instituciones.

El pueblo belga tiene la profunda convicción de su derecho; conoce el valor de los beneficios que tan felizmente ha adquirido desde hace 40 años, y que posee tan honrosamente. Está lejos de olvidar que le tiene que conservar hoy día es el bienestar, la libertad, la honra, la existencia misma de la patria. Ante una causa tan sagrada, todos los corazones belgas se unirán para cumplir tales deberes. El pueblo y el rey no tendrán nunca más que un alma y un grito: ¡Viva Bélgica independiente! Dios vela por ella y protege sus derechos!—Asquerino.»

Tienen verdadera importancia política los sueltos siguientes que publicaba anoche *La Correspondencia*:

«Parece que en el Consejo de hoy se han de abordar algunas cuestiones importantes relacionadas con la situación de Europa.

«Toman incremento los rumores de una alianza entre ciertos elementos democráticos con los republicanos. Quizá mañana algún periódico levante una punta del velo de ese misterio.

«En los proyectos republicanos que se atribuyen á muchos demócratas, parece que entran también algunos progresistas, incluso algunos que por ahora guardarán cierta actitud reservada.

«El directorio republicano se ha reunido hoy y probablemente publicará un manifiesto á sus correligionarios.

«El Sr. Pi y Margall es el encargado de redactar el manifiesto del directorio republicano. Las tendencias son de paz, consejos de orden al partido.

«Entre los amigos del Gobierno que más habían combatido la próxima apertura de las Cortes, se notaba hoy una tendencia muy marcada favorable á la inmediata reunión de las Cortes en vista de las graves circunstancias que amenazan á Europa.»

El regente, á quien se esperaba ayer tarde en esta capital, no se movió de la Granja.

La *Política* da la noticia en estos términos:

«Ayer circuló con bastante crédito el rumor de que en vista de la gravedad de las circunstancias, S. A. el regente abandonaba su pastoral retiro de la Granja y venía hoy á Madrid resuelto á influir para la próxima convocatoria de las Cortes, cuya reunión creo indispensable.

Esta mañana hasta llegó á decirse que S. A. estaba ya en su casa de la calle de Alcalá; pero habiendo procurado informarnos de la verdad, resulta que ni ha venido aún el regente, ni se le espera tampoco en su casa.

Bien consideradas las cosas, ¿qué ocurre de tan grave en Europa, y qué puede ocurrir de tan irremediable en España, que merezca la pena de turbar la celestial calma de los dioses del Olimpo revolucionario?»

La *Epoca* hace anoche las dos rectificaciones que nuestros lectores pueden ver en los dos párrafos siguientes:

«Según noticias de origen auténtico, es falsa la noticia del regreso del príncipe imperial á París que ha dado un periódico. Este sigue al lado del emperador, que aunque afectado, como es natural, por los sucesos, se encuentra en buen estado de salud.

«Sabemos que carece completamente de fundamento la noticia publicada en el suplemento de un periódico, de haberse remitido desde Francia unos equipajes á la señora condesa de Montijo.

En cambio *El Universal* publicaba anoche en su última hora las siguientes líneas:

«Esta tarde ha corrido la noticia de que ha abdicado Napoleón. Las derrotas de estos días hacen verosímil la noticia.»

CORREO DE HOY.

Dicen de Roma que el Papa ha escrito al rey de Prusia y al emperador de Francia, conjurándoles á que libren á los pueblos de los horrores de la guerra y ofreciéndoles su paternal mediación, que les ruega acepten ahora ó más adelante.

Sea cualquiera la contestación que den los dos poderosos soberanos al venerable Pío IX, el acto del Pontífice que, abandonado y rodeado de peli-

gros, se interesa principalmente por la paz de los pueblos, está marcado con el sello de la grandeza y de la bondad que tanto distinguen al augusto jefe de la Iglesia católica.

El Papa no ha perdido nada de su tranquilidad habitual. Uno de estos días ha dicho: «He hecho lo que he podido para impedir la guerra. He hecho lo que he creído conveniente á los franceses para decidirles á no dejar el territorio pontificio. Se me han dado razones políticas de que no entiendo una palabra. Dios proveerá.»

Al despedirse del Cardenal Antonelli el general Dumont, jefe del cuerpo francés de ocupación, trató de convencerle de que los Estados Pontificios están seguros bajo la garantía del Gobierno de Florencia. El Cardenal le dijo: «Hay tres personas que no se fían de las promesas del Gobierno florentino; una el rey Víctor Manuel, otra vos y otra yo.»

En París hay gran consternación, que produce arranques de ira, por las malas noticias de la guerra. Han sido asaltadas las casas de varios banqueros á quienes se supone interesados en la divulgación de falsas noticias de supuestas victorias. Todos los periódicos de hoy aconsejan al pueblo de París que guarde una moderación á la altura de las circunstancias porque está atravesando Francia, recordándole que el enemigo está en la frontera, que contra él debe emplearse todo el valor y todos los esfuerzos, y que obrando así, habrá conquistado el derecho de castigar, como se merece, á los traficantes de noticias.

La otra noche hubo algunos desórdenes en la Bolsa, á consecuencia de los cuales se cerró antes de la hora acostumbrada.

A consecuencia de estos desórdenes y falsas noticias, circula desde el domingo una hoja por París que va llenándose de firmas con asombrosa rapidez, y dice así:

«A S. M. LA EMPERATRIZ.

«Señora: En nombre del honor y de la dignidad de la Francia, que acaban de comprometer gravemente y amenazan seguir comprometiendo en lo porvenir, falsas noticias, espaldas con miras de especulaciones bursátiles, pedimos que se mande cerrar la Bolsa durante la guerra.»

Al publicar los ministros en París las noticias de los pesadillos sufridos por el ejército, decían al pueblo en forma de proclama:

«En presencia de estas graves noticias lo que nuestro deber nos prescribe, es:

«Hacer un llamamiento al patriotismo y energía de todos.

«Las Cámaras están convocadas.

«Ponemos con urgencia á París en estado de defensa, y para facilitar la ejecución de los preparativos militares, declaramos el estado de sitio.

«Valor y unión; nuestros recursos son inmensos. Luchemos con heroísmo y se salvará la patria.»

El ministerio francés ha publicado la siguiente proclama, relativa á las falsas noticias:

«Estais justamente impresionados á causa de una odiosa maniobra.

«El culpable está preso y la justicia cumplirá con su deber. El Gobierno adopta las más enérgicas medidas para que semejante infamia no pueda reproducirse.

«En nombre de la patria, en el de nuestro heroico ejército, os pedimos calma, paciencia y el sosten del orden.

«El desorden en París, sería una victoria para los prusianos.

«Tan luego como aquí llegue una noticia cierta, de cualquier índole que sea, buena ó mala, se os comunicará inmediatamente.

«Además todos y no abriguemos más que un solo pensamiento, un solo deseo, un solo sentimiento: el triunfo de nuestras armas.

«PARIS, 6 de Agosto de 1870.»

El *Diario Oficial*, además, dice lo siguiente:

«El Gobierno previene al público que todas las noticias oficiales del teatro de la guerra llevarán en adelante la firma del ministro del Interior.»

La *Liberté* dice que en el ataque de Wissemburgo la división del malogrado general Douai no fué socorrida por falta de una línea telefónica de campaña que le pusiera en comunicación con las divisiones inmediatas.

Luego añade:

«Se han olvidado que á la colocación de líneas telefónicas de campaña volantes debieron principalmente la victoria los prusianos en 1866? Se sabe que la táctica moderna consiste en batir los cuerpos de ejército aisladamente, combatiéndolos con fuerzas superiores; esta táctica es la de Prusia. Organícelos, pues, nuestro servicio telefónico de campaña de manera que se eviten nuevas sorpresas.»

Dice el *Monde*:

«Confírmase que van concentrándose tropas en fuerza muy considerable hacia la orilla bávara del Rhin. Estas concentraciones han despertado por parte de la autoridad militar francesa la más activa vigilancia, particularmente entre Colmar y Huningen.

Las medidas más eficaces se han adoptado para hacer frente á todas las eventualidades que por ese lado puedan sobrevenir, pudiendo añadir que presta con este motivo servicios de admirable patriotismo la población de Alsacia.»

El *Journal des Debats* dice que el origen de la falsa noticia que corrió por París el sábado, era un despacho de Londres dirigido á un banquero de París anunciándole que el cuerpo de ejército del mariscal Mac-Mahon había alcanzado una gran victoria.

Cuando se supo que esto no era verdad hubo en París la alarma y desórdenes que saben nuestros lectores, y numerosos grupos recorrieron las calles desoyendo de noticias cantando la marsellesa y dando gritos de ¡Olivier! ¡Olivier! Se dirigieron al palacio de la Justicia, y el presidente del Consejo tuvo que salir al balcón á arreglarlos, prometiendo que el Gobierno daría cuantas noticias recibiera, y evitando que se reprodujeran criminales engaños.

Los grupos pedían á gritos que se cerrara la Bolsa.

Leemos en *L'Opinione Nazionale* de Florencia:

«El embajador prusiano en nuestra corte ha sido portador de una severa intimación á nuestro Gobierno. Estamos seguros de que si esta intimación no recibe una pronta y satisfactoria solución en interés de Prusia, esta potencia declarará inmediatamente la guerra á Italia.

Se dice que la intimación es de tal naturaleza, que un Gobierno que se respete, no puede responder más que con una dura repulsa.

Tocamos, pues, á la guerra, y lo que nos aflige más, es que se la haremos á nuestra antigua y simpática aliada.»

En *La Correspondencia general de París* se dice que el subprefecto de Wissemburgo se había

quejado durante algunos días de que la ciudad no estaba suficientemente protegida contra el enemigo. El general Mac-Mahon era, á lo que parece, de opinión de que se aumentase el número de las tropas ocupadas en esta parte, mas el emperador se negó á ello diciendo que no convenía diseminar las fuerzas.

Conocido es el resultado del abandono en que quedó Wissemburgo. No será, pues, extraño, que los franceses culpen al emperador de esta derrota.

El día 3 de Agosto hubo en Génova algunos desórdenes con motivo de la sentencia de presidio impuesta á dos procesados por formar partidas armadas. Apenas se supo la condena se formaron barricadas, que fueron tomadas por la tropa. Hubo un muerto y tres heridos graves, y un oficial recibió una puñalada.

Se hicieron varias prisiones.

La *Gaceta* de Francfort describe en estos términos la llegada de un tren de prisioneros franceses á aquella población:

«En la madrugada del 5 de Agosto, cuando acabamos de saber por el telégrafo la noticia de la batalla de Wissemburgo y la victoria de nuestras tropas, se espació por la ciudad la nueva noticia de que pocos momentos después llegaría un convoy de prisioneros franceses. Inmediatamente se ha dirigido multitud de gente á la puerta de Tenuis, al camino de hierro de circunvalación y á la estación del camino de hierro de Meis y Neckar. Puede calcularse de diez á quince mil personas el número de curiosos. Una partida bastante fuerte de soldados, muchos oficiales y empleados de sanidad estaban en la estación.

Á las diez, el tren que todo el mundo esperaba con impaciencia, se detuvo ante los edificios de la estación.

Los habitantes de Francfort lo recibieron con la prudencia y calma convenientes. Sin embargo, los oficiales y soldados de servicio no tardaron en ser arrollados por la multitud, ávida de contemplar á los terribles turcos, de los cuales sabía que venían algunos aunque pocos prisioneros. Por el contrario, los wagones de mercancías venían llenos de pantalones encarnados. Los prisioneros pertenecían en su mayor parte á la infantería regular; hay también algunos husares.

Todos los franceses que hemos visto eran de poca estatura, cinco pies poco más ó menos, y todos de tez tostada, especialmente los turcos, que eran casi bronceados.

Escuchaba á los prisioneros el regimiento 59, que la víspera había estado en el fuego á las seis de la mañana, y fue encargado de conducir los presos al medio día. Terminaba el tren un wagon de segunda clase en el cual venían algunos oficiales prisioneros y muchos soldados heridos; de estos cuidaba un médico militar prusiano.

El comité de socorros ha empezado inmediatamente su obra, principiando por nuestros soldados que estaban en número de tres ó cuatro en la puerta de cada wagon. Después ha llegado la vez á los franceses que se apresuraban á recibir la comida y bebida, y á los cuales se les ha servido cerveza pan y salsichón en abundancia. Grandes cantidades de de comestibles se ha dejado en los wagones, y por último, á cada wagon se ha dado cincuenta cigarras cuya distribución se ha encargado á los soldados de la escolta. Amigos y enemigos no habían comido nada desde la víspera por la mañana; calcúlese su apetito.

El tren no se detuvo sino un cuarto de hora. Este desayuno improvisado ha reanimado el buen humor de los soldados franceses. Algunos han preguntado dónde estaban, y al saberlo han gritado ¡viva Francfort! Los oficiales, por el contrario, estaban tristes, y el entusiasmo que revelaba el semblante de nuestro pueblo, á pesar de su actitud decorosa y sus cuidados por los prisioneros parecía asombrarlos. Los oficiales, sin embargo, han aceptado con gusto y muy agradecidos el alimento y bebida que se les ha ofrecido. Uno solo, de más edad que los otros, capitán, ha permanecido mudo y ha rechazado con gesto de cólera y aire altivo cuanto se le daba. A uno de los oficiales había llevado una bala tres dedos de la mano, otro tenía un balazo muy grave en el brazo: ambos han sido curados en la estación.

Por nuestro cálculo, confirmado por los que componían la escolta, el tren llevaba unos 500 prisioneros. Si nuestros informes son exactos, se dirigen á la fortaleza de Spandau cerca de Berlín.

Ha muerto en Strasburgo de un ataque de apoplejía el general Gansel.

Las primeras noticias comunicadas de Berlín, acerca de la gran batalla de Woerth y la segunda de Saarbrück, estaban redactadas en los siguientes términos:

«BERLIN, sábado 6 de Agosto.—(Oficial).—Se ha dado una batalla cerca de Woerth de la cual hemos salido victoriosos. El despacho que lo anuncia está redactado así:

«Campo de batalla cerca de Woerth, á las cuatro y media de la tarde.—Acaba de ser completamente batido Mac-Mahon con la mayor parte de su ejército. Los franceses han sido rechazados á Bitch.—Federico Guillermo, príncipe real.»

BERLIN, sábado 6 de Agosto.—Saarbrück ha sido tomada de nuevo por el primer ejército.

El día 5 capturó en el canal de la Mancha una fragata francesa á un buque prusiano cargado de contrabando de guerra.

ÚLTIMA HORA.

DESPACHOS TELEGRÁFICOS.

PARIS, 8 (á 1/2 tarde).—Un despacho del prefecto de Colmar á las once de la mañana de hoy, desmiente la noticia dada por el subprefecto de Schelestadt, de que los prusianos habían pasado el Rhin. Créese que marchará sobre Saverne, por la orilla derecha del Rhin.

METZ, 8 (á las diez de la mañana).—(Oficial).—El general Faily comunica con Mac-Mahon.

El espíritu del ejército es excelente.

Ningún ataque ha tenido lugar desde mi último despacho de ayer.

En la batalla de Froswille 440,000 prusianos han atacado el cuerpo de Mac-Mahon, que se componía de 33,000 hombres.

PARIS, 8.—Los diarios publican un llamamiento de los diputados de la izquierda, reclamando el armamento inmediato de todos los ciudadanos de París.

A primera hora se cotiza:

El 3 por 100 francés, á 63.

No hay transacción de los fondos españoles.

PARIS, 9.—El *Diario oficial* publica un decreto disponiendo que los departamentos comprendidos en la primera, tercera, cuarta y séptima divisiones militares y departamentos de la costa de Oro, Saona y Loira, Ain y Rodano pertenecientes á la octava division sean declarados en estado de sitio.

METZ, lunes 10-15, noche.—El cuerpo de ejército de Faily no se ha batido aun, se ha juntado

con el grueso del ejército sin ser molestado por el enemigo.

PARIS, 8 á las cinco y diez de la tarde.—En su boletín oficial, el *Journal Officiel* publica el siguiente importante y significativo artículo:

«Hay en la vida de los pueblos horas solememente decisivas en que Dios les da ocasión de probar lo que son y lo que pueden. Este momento ha llegado á la Francia. Se ha dicho por algunos que intrépida en los arrebatos de sus triunfos, esa gran nación soportaría difícilmente un revés. El que pasa á la vista de todos, desmiente esta calumnia. La actitud de la Francia no es la del desaliento, es la de la sana patriótica y sublime contra los invasores de la Francia, donde deben hallar su tumba.

Todos los franceses se levantarán como un solo hombre, pensando en sus antepasados y en sus descendientes. Detrás de ellos tienen siglos de gloria; delante, un porvenir que su heroísmo ha de hacer libre y poderoso.

Nunca la patria estuvo tan preparada al sacrificio y á la abnegación. Nunca demostró de una manera más imponente y más grandiosa el vigor y el orgullo del carácter nacional.

Grita con entusiasmo: ¡alemosnos! ¡á las armas! Vencer ó morir es su divisa.

Mientras nuestros soldados defienden heroicamente la patria, Europa se inquieta con razón de los triunfos de Prusia. Se ignora hasta dónde irá la ambición de esta insaciable potencia si estuviese sobrecorrida por un triunfo definitivo.

Es una ley invariable de la historia, que todos los pueblos que por codicia exagerada turban el equilibrio general, provocan contra sus victorias á los demás pueblos, volviéndoles en contra suya.

Esta verdad será probada otra vez. ¿Quién puede desear que los mares del Norte y del Báltico vengan á convertirse en lagos prusianos? ¿Suecia, Noruega, Dinamarca, á quienes el triunfo de Prusia aniquilaría? ¿Inglaterra, opuesta como gran potencia marítima y protectora de Dinamarca á los progresos de la marina prusiana? ¿Holanda, ya amenazada por las intrigas audaces de Bismark?

En cuanto á Austria, el restablecimiento del imperio germánico en provecho de la casa de Hohenzollern, sería el golpe más fatal, no solo contra la dinastía de los Hapsburgos, pero también contra la existencia de la monarquía austro-húngara.

Prusia tratará seguramente de hacer promesas al Gabinete de Viena, pero la fe que mueven las palabras de Bismark y sus pretendidas garantías, ¿serán tan fuertes como los lazos que unían á Prusia con la Confederación germánica, lazos que Prusia, con desprecio de todos sus deberes y obligaciones, rasgó tan violentamente?

El triunfo definitivo de los Hohenzollern no sería menos funesto para Italia que para Austria. Un imperio germánico querría un litoral marítimo á todo precio, lo necesitaría en el Mediodía como en el Norte; querría Venecia y Trieste, así como Kiel y Amsterdam. La regeneración de Italia estaría comprometida. Hacemos con confianza un llamamiento á la sabiduría de los Gobiernos y de los pueblos para arrancar á la Europa del despotismo de los prusianos, para ayudarnos ya por medio de sus alianzas ya por medio de sus simpatías, á salvar el equilibrio europeo.

Hemos tenido ocasión de observar ya algunas simpatías favorables. Inglaterra, completamente satisfecha por nuestras declaraciones tan categóricas como leales relativamente á la neutralidad de la Bélgica, cubre nuestras fronteras del Norte mostrándose preparada á defenderlas del lado de Bélgica si Pr

REUNION

DE LA COMISION PERMANENTE DE LAS CORTES.

Anoche a las diez se reunió la comisión permanente de las Cortes para discutir el dictamen del Sr. Madrazo. A la reunión fueron citados los señores Topete, Ríos Rosas y algún otro unionista, y asistió el señor presidente del Consejo de ministros.

La discusión fué grave, ya porque en ella tuvo lugar la completa ruptura de los unionistas con el general Prim, ya también por las indicaciones de algunos de los oradores, que hoy vuelven a acordarse de que algún tiempo fueron republicanos.

De estos debates dan cuenta algunos periódicos, pero ninguno tan por extenso como *La Igualdad*, razón por la cual preferimos su relato al de los demás periódicos. Dice así:

«A las tres menos cuarto se levantó esta sesión, que había empezado a las diez, y cuya importancia es extraordinaria por la significación de los discursos pronunciados, por los diputados que en ella tomaron parte, y por haber concurrido un número considerable de los diputados existentes en Madrid.

Empezó leyendo el Sr. Madrazo el dictamen de la subcomisión nombrada para informar sobre la petición de los hombres más importantes del partido unionista, pidiendo la inmediata reunión de las Cortes. El dictamen del Sr. Madrazo es una obra de polémica parlamentaria en que contesta punto por punto a las observaciones y fundamentos de la instancia de los unionistas.

El Sr. Romero Ortiz pidió la palabra para preguntar previamente al presidente del Consejo si estaba conforme con el dictamen de la comisión en todas sus partes y conclusiones.

El general Prim dijo que sí.

Dada esta categórica contestación, el Sr. Romero Ortiz pidió la palabra en contra, y pronunció un discurso manifestando la necesidad de convocar inmediatamente las Cortes, atendiendo a la gravedad de las circunstancias, por causa de la guerra franco-prusiana a que ha dado pretexto la candidatura Hohenloher-Sigmaringen; a la necesidad de que inmediatamente el Gobierno responda ante la representación nacional de los cargos que le han hecho la circular Grammont y el periódico semi-oficial de Bismarck; extendiéndose en multitud de consideraciones acerca del derecho de la comisión permanente de las Cortes a suspender la reunión, una vez hecha la convocatoria.

Contestó el Sr. Madrazo defendiendo el dictamen de la comisión, ampliando las razones contenidas en el dictamen.

El Sr. Topete tomó la palabra, y en el concepto de haberse hecho indicaciones en favor de la república, dijo que, si había llegado la hora de retirarse, se retiraría los unos y los otros. Y no dijo más.

Contestó el Sr. Ríos Rosas, que, al observar manifestaciones poco benévolas de los concurrentes, terminó bruscamente su discurso.

El Sr. Ríos Rosas pidió la palabra, y se esforzó en probar la necesidad de la inmediata reunión de las Cortes, porque estas son el soberano de España, porque el Gobierno necesita de su fallo soberano, ya para que lo juzguen, ya para que lo absolvan, y porque, en buenos principios de derecho constitucional, la comisión permanente no puede negarse a ello, atendida la gravedad de las circunstancias; pidió explicación al Gobierno sobre el estado de las relaciones exteriores de nuestro país con Francia y Prusia, quejándose de que se haga hoy cuestión de Gabinete de la reunión o no las Cortes; que si se aspira a una dictadura vergonzosa y vergonzosa, que se diga claro; que aun después de haber los reyes de la casa de Austria acabado con todos los fueros y libertades de Castilla, todavía se conservó en la República una ley, en la cual se disponía que en los casos áridos el rey había de convocar necesariamente las Cortes, y que S. M., no con el criterio constitucional de estos tiempos, sino con el criterio de Felipe II, reclamaba la inmediata reunión de las Constituyentes, porque si las circunstancias actuales no son áridas y graves, no conoce cuáles puedan serlo más; que el Gobierno no es Gobierno, ni el regente regente, sino comisionados de las Cortes, las cuales son el único soberano de la nación española; que hará la oposición al Gabinete, tan luego como las Cortes se reúnan, y que siente no haberla hecho la legislatura pasada, sobre lo cual tiene grandes escrúpulos, por más que arreglase su conducta a las exigencias del patriotismo; que si tiene fama de discolo, es muy inmerecida, pues siempre que hace la oposición es cansado de esperar y cargado de razones; y que, sobre todo, siente no haber hecho la oposición al general Prim, que es muy infortunado en sus empresas, para desgracia de España, y que es el principal responsable de todo lo adverso que ha ocurrido y ocurre.

El Sr. Topete tomó la palabra, y en el concepto de haberse hecho indicaciones en favor de la república, dijo que, si había llegado la hora de retirarse, se retiraría los unos y los otros. Y no dijo más.

Contestó el Sr. Ríos Rosas, que, al observar manifestaciones poco benévolas de los concurrentes, terminó bruscamente su discurso.

El Sr. Ríos Rosas pidió la palabra, y se esforzó en probar la necesidad de la inmediata reunión de las Cortes, porque estas son el soberano de España, porque el Gobierno necesita de su fallo soberano, ya para que lo juzguen, ya para que lo absolvan, y porque, en buenos principios de derecho constitucional, la comisión permanente no puede negarse a ello, atendida la gravedad de las circunstancias; pidió explicación al Gobierno sobre el estado de las relaciones exteriores de nuestro país con Francia y Prusia, quejándose de que se haga hoy cuestión de Gabinete de la reunión o no las Cortes; que si se aspira a una dictadura vergonzosa y vergonzosa, que se diga claro; que aun después de haber los reyes de la casa de Austria acabado con todos los fueros y libertades de Castilla, todavía se conservó en la República una ley, en la cual se disponía que en los casos áridos el rey había de convocar necesariamente las Cortes, y que S. M., no con el criterio constitucional de estos tiempos, sino con el criterio de Felipe II, reclamaba la inmediata reunión de las Constituyentes, porque si las circunstancias actuales no son áridas y graves, no conoce cuáles puedan serlo más; que el Gobierno no es Gobierno, ni el regente regente, sino comisionados de las Cortes, las cuales son el único soberano de la nación española; que hará la oposición al Gabinete, tan luego como las Cortes se reúnan, y que siente no haberla hecho la legislatura pasada, sobre lo cual tiene grandes escrúpulos, por más que arreglase su conducta a las exigencias del patriotismo; que si tiene fama de discolo, es muy inmerecida, pues siempre que hace la oposición es cansado de esperar y cargado de razones; y que, sobre todo, siente no haber hecho la oposición al general Prim, que es muy infortunado en sus empresas, para desgracia de España, y que es el principal responsable de todo lo adverso que ha ocurrido y ocurre.

El Sr. Topete tomó la palabra, y en el concepto de haberse hecho indicaciones en favor de la república, dijo que, si había llegado la hora de retirarse, se retiraría los unos y los otros. Y no dijo más.

Contestó el Sr. Ríos Rosas, que, al observar manifestaciones poco benévolas de los concurrentes, terminó bruscamente su discurso.

El Sr. Ríos Rosas pidió la palabra, y se esforzó en probar la necesidad de la inmediata reunión de las Cortes, porque estas son el soberano de España, porque el Gobierno necesita de su fallo soberano, ya para que lo juzguen, ya para que lo absolvan, y porque, en buenos principios de derecho constitucional, la comisión permanente no puede negarse a ello, atendida la gravedad de las circunstancias; pidió explicación al Gobierno sobre el estado de las relaciones exteriores de nuestro país con Francia y Prusia, quejándose de que se haga hoy cuestión de Gabinete de la reunión o no las Cortes; que si se aspira a una dictadura vergonzosa y vergonzosa, que se diga claro; que aun después de haber los reyes de la casa de Austria acabado con todos los fueros y libertades de Castilla, todavía se conservó en la República una ley, en la cual se disponía que en los casos áridos el rey había de convocar necesariamente las Cortes, y que S. M., no con el criterio constitucional de estos tiempos, sino con el criterio de Felipe II, reclamaba la inmediata reunión de las Constituyentes, porque si las circunstancias actuales no son áridas y graves, no conoce cuáles puedan serlo más; que el Gobierno no es Gobierno, ni el regente regente, sino comisionados de las Cortes, las cuales son el único soberano de la nación española; que hará la oposición al Gabinete, tan luego como las Cortes se reúnan, y que siente no haberla hecho la legislatura pasada, sobre lo cual tiene grandes escrúpulos, por más que arreglase su conducta a las exigencias del patriotismo; que si tiene fama de discolo, es muy inmerecida, pues siempre que hace la oposición es cansado de esperar y cargado de razones; y que, sobre todo, siente no haber hecho la oposición al general Prim, que es muy infortunado en sus empresas, para desgracia de España, y que es el principal responsable de todo lo adverso que ha ocurrido y ocurre.

El Sr. Topete tomó la palabra, y en el concepto de haberse hecho indicaciones en favor de la república, dijo que, si había llegado la hora de retirarse, se retiraría los unos y los otros. Y no dijo más.

Contestó el Sr. Ríos Rosas, que, al observar manifestaciones poco benévolas de los concurrentes, terminó bruscamente su discurso.

El Sr. Ríos Rosas pidió la palabra, y se esforzó en probar la necesidad de la inmediata reunión de las Cortes, porque estas son el soberano de España, porque el Gobierno necesita de su fallo soberano, ya para que lo juzguen, ya para que lo absolvan, y porque, en buenos principios de derecho constitucional, la comisión permanente no puede negarse a ello, atendida la gravedad de las circunstancias; pidió explicación al Gobierno sobre el estado de las relaciones exteriores de nuestro país con Francia y Prusia, quejándose de que se haga hoy cuestión de Gabinete de la reunión o no las Cortes; que si se aspira a una dictadura vergonzosa y vergonzosa, que se diga claro; que aun después de haber los reyes de la casa de Austria acabado con todos los fueros y libertades de Castilla, todavía se conservó en la República una ley, en la cual se disponía que en los casos áridos el rey había de convocar necesariamente las Cortes, y que S. M., no con el criterio constitucional de estos tiempos, sino con el criterio de Felipe II, reclamaba la inmediata reunión de las Constituyentes, porque si las circunstancias actuales no son áridas y graves, no conoce cuáles puedan serlo más; que el Gobierno no es Gobierno, ni el regente regente, sino comisionados de las Cortes, las cuales son el único soberano de la nación española; que hará la oposición al Gabinete, tan luego como las Cortes se reúnan, y que siente no haberla hecho la legislatura pasada, sobre lo cual tiene grandes escrúpulos, por más que arreglase su conducta a las exigencias del patriotismo; que si tiene fama de discolo, es muy inmerecida, pues siempre que hace la oposición es cansado de esperar y cargado de razones; y que, sobre todo, siente no haber hecho la oposición al general Prim, que es muy infortunado en sus empresas, para desgracia de España, y que es el principal responsable de todo lo adverso que ha ocurrido y ocurre.

El Sr. Topete tomó la palabra, y en el concepto de haberse hecho indicaciones en favor de la república, dijo que, si había llegado la hora de retirarse, se retiraría los unos y los otros. Y no dijo más.

Contestó el Sr. Ríos Rosas, que, al observar manifestaciones poco benévolas de los concurrentes, terminó bruscamente su discurso.

El Sr. Ríos Rosas pidió la palabra, y se esforzó en probar la necesidad de la inmediata reunión de las Cortes, porque estas son el soberano de España, porque el Gobierno necesita de su fallo soberano, ya para que lo juzguen, ya para que lo absolvan, y porque, en buenos principios de derecho constitucional, la comisión permanente no puede negarse a ello, atendida la gravedad de las circunstancias; pidió explicación al Gobierno sobre el estado de las relaciones exteriores de nuestro país con Francia y Prusia, quejándose de que se haga hoy cuestión de Gabinete de la reunión o no las Cortes; que si se aspira a una dictadura vergonzosa y vergonzosa, que se diga claro; que aun después de haber los reyes de la casa de Austria acabado con todos los fueros y libertades de Castilla, todavía se conservó en la República una ley, en la cual se disponía que en los casos áridos el rey había de convocar necesariamente las Cortes, y que S. M., no con el criterio constitucional de estos tiempos, sino con el criterio de Felipe II, reclamaba la inmediata reunión de las Constituyentes, porque si las circunstancias actuales no son áridas y graves, no conoce cuáles puedan serlo más; que el Gobierno no es Gobierno, ni el regente regente, sino comisionados de las Cortes, las cuales son el único soberano de la nación española; que hará la oposición al Gabinete, tan luego como las Cortes se reúnan, y que siente no haberla hecho la legislatura pasada, sobre lo cual tiene grandes escrúpulos, por más que arreglase su conducta a las exigencias del patriotismo; que si tiene fama de discolo, es muy inmerecida, pues siempre que hace la oposición es cansado de esperar y cargado de razones; y que, sobre todo, siente no haber hecho la oposición al general Prim, que es muy infortunado en sus empresas, para desgracia de España, y que es el principal responsable de todo lo adverso que ha ocurrido y ocurre.

El Sr. Topete tomó la palabra, y en el concepto de haberse hecho indicaciones en favor de la república, dijo que, si había llegado la hora de retirarse, se retiraría los unos y los otros. Y no dijo más.

Contestó el Sr. Ríos Rosas, que, al observar manifestaciones poco benévolas de los concurrentes, terminó bruscamente su discurso.

El Sr. Ríos Rosas pidió la palabra, y se esforzó en probar la necesidad de la inmediata reunión de las Cortes, porque estas son el soberano de España, porque el Gobierno necesita de su fallo soberano, ya para que lo juzguen, ya para que lo absolvan, y porque, en buenos principios de derecho constitucional, la comisión permanente no puede negarse a ello, atendida la gravedad de las circunstancias; pidió explicación al Gobierno sobre el estado de las relaciones exteriores de nuestro país con Francia y Prusia, quejándose de que se haga hoy cuestión de Gabinete de la reunión o no las Cortes; que si se aspira a una dictadura vergonzosa y vergonzosa, que se diga claro; que aun después de haber los reyes de la casa de Austria acabado con todos los fueros y libertades de Castilla, todavía se conservó en la República una ley, en la cual se disponía que en los casos áridos el rey había de convocar necesariamente las Cortes, y que S. M., no con el criterio constitucional de estos tiempos, sino con el criterio de Felipe II, reclamaba la inmediata reunión de las Constituyentes, porque si las circunstancias actuales no son áridas y graves, no conoce cuáles puedan serlo más; que el Gobierno no es Gobierno, ni el regente regente, sino comisionados de las Cortes, las cuales son el único soberano de la nación española; que hará la oposición al Gabinete, tan luego como las Cortes se reúnan, y que siente no haberla hecho la legislatura pasada, sobre lo cual tiene grandes escrúpulos, por más que arreglase su conducta a las exigencias del patriotismo; que si tiene fama de discolo, es muy inmerecida, pues siempre que hace la oposición es cansado de esperar y cargado de razones; y que, sobre todo, siente no haber hecho la oposición al general Prim, que es muy infortunado en sus empresas, para desgracia de España, y que es el principal responsable de todo lo adverso que ha ocurrido y ocurre.

El Sr. Topete tomó la palabra, y en el concepto de haberse hecho indicaciones en favor de la república, dijo que, si había llegado la hora de retirarse, se retiraría los unos y los otros. Y no dijo más.

Contestó el Sr. Ríos Rosas, que, al observar manifestaciones poco benévolas de los concurrentes, terminó bruscamente su discurso.

El Sr. Ríos Rosas pidió la palabra, y se esforzó en probar la necesidad de la inmediata reunión de las Cortes, porque estas son el soberano de España, porque el Gobierno necesita de su fallo soberano, ya para que lo juzguen, ya para que lo absolvan, y porque, en buenos principios de derecho constitucional, la comisión permanente no puede negarse a ello, atendida la gravedad de las circunstancias; pidió explicación al Gobierno sobre el estado de las relaciones exteriores de nuestro país con Francia y Prusia, quejándose de que se haga hoy cuestión de Gabinete de la reunión o no las Cortes; que si se aspira a una dictadura vergonzosa y vergonzosa, que se diga claro; que aun después de haber los reyes de la casa de Austria acabado con todos los fueros y libertades de Castilla, todavía se conservó en la República una ley, en la cual se disponía que en los casos áridos el rey había de convocar necesariamente las Cortes, y que S. M., no con el criterio constitucional de estos tiempos, sino con el criterio de Felipe II, reclamaba la inmediata reunión de las Constituyentes, porque si las circunstancias actuales no son áridas y graves, no conoce cuáles puedan serlo más; que el Gobierno no es Gobierno, ni el regente regente, sino comisionados de las Cortes, las cuales son el único soberano de la nación española; que hará la oposición al Gabinete, tan luego como las Cortes se reúnan, y que siente no haberla hecho la legislatura pasada, sobre lo cual tiene grandes escrúpulos, por más que arreglase su conducta a las exigencias del patriotismo; que si tiene fama de discolo, es muy inmerecida, pues siempre que hace la oposición es cansado de esperar y cargado de razones; y que, sobre todo, siente no haber hecho la oposición al general Prim, que es muy infortunado en sus empresas, para desgracia de España, y que es el principal responsable de todo lo adverso que ha ocurrido y ocurre.

El Sr. Topete tomó la palabra, y en el concepto de haberse hecho indicaciones en favor de la república, dijo que, si había llegado la hora de retirarse, se retiraría los unos y los otros. Y no dijo más.

Contestó el Sr. Ríos Rosas, que, al observar manifestaciones poco benévolas de los concurrentes, terminó bruscamente su discurso.

El Sr. Ríos Rosas pidió la palabra, y se esforzó en probar la necesidad de la inmediata reunión de las Cortes, porque estas son el soberano de España, porque el Gobierno necesita de su fallo soberano, ya para que lo juzguen, ya para que lo absolvan, y porque, en buenos principios de derecho constitucional, la comisión permanente no puede negarse a ello, atendida la gravedad de las circunstancias; pidió explicación al Gobierno sobre el estado de las relaciones exteriores de nuestro país con Francia y Prusia, quejándose de que se haga hoy cuestión de Gabinete de la reunión o no las Cortes; que si se aspira a una dictadura vergonzosa y vergonzosa, que se diga claro; que aun después de haber los reyes de la casa de Austria acabado con todos los fueros y libertades de Castilla, todavía se conservó en la República una ley, en la cual se disponía que en los casos áridos el rey había de convocar necesariamente las Cortes, y que S. M., no con el criterio constitucional de estos tiempos, sino con el criterio de Felipe II, reclamaba la inmediata reunión de las Constituyentes, porque si las circunstancias actuales no son áridas y graves, no conoce cuáles puedan serlo más; que el Gobierno no es Gobierno, ni el regente regente, sino comisionados de las Cortes, las cuales son el único soberano de la nación española; que hará la oposición al Gabinete, tan luego como las Cortes se reúnan, y que siente no haberla hecho la legislatura pasada, sobre lo cual tiene grandes escrúpulos, por más que arreglase su conducta a las exigencias del patriotismo; que si tiene fama de discolo, es muy inmerecida, pues siempre que hace la oposición es cansado de esperar y cargado de razones; y que, sobre todo, siente no haber hecho la oposición al general Prim, que es muy infortunado en sus empresas, para desgracia de España, y que es el principal responsable de todo lo adverso que ha ocurrido y ocurre.

El Sr. Topete tomó la palabra, y en el concepto de haberse hecho indicaciones en favor de la república, dijo que, si había llegado la hora de retirarse, se retiraría los unos y los otros. Y no dijo más.

Contestó el Sr. Ríos Rosas, que, al observar manifestaciones poco benévolas de los concurrentes, terminó bruscamente su discurso.

El Sr. Ríos Rosas pidió la palabra, y se esforzó en probar la necesidad de la inmediata reunión de las Cortes, porque estas son el soberano de España, porque el Gobierno necesita de su fallo soberano, ya para que lo juzguen, ya para que lo absolvan, y porque, en buenos principios de derecho constitucional, la comisión permanente no puede negarse a ello, atendida la gravedad de las circunstancias; pidió explicación al Gobierno sobre el estado de las relaciones exteriores de nuestro país con Francia y Prusia, quejándose de que se haga hoy cuestión de Gabinete de la reunión o no las Cortes; que si se aspira a una dictadura vergonzosa y vergonzosa, que se diga claro; que aun después de haber los reyes de la casa de Austria acabado con todos los fueros y libertades de Castilla, todavía se conservó en la República una ley, en la cual se disponía que en los casos áridos el rey había de convocar necesariamente las Cortes, y que S. M., no con el criterio constitucional de estos tiempos, sino con el criterio de Felipe II, reclamaba la inmediata reunión de las Constituyentes, porque si las circunstancias actuales no son áridas y graves, no conoce cuáles puedan serlo más; que el Gobierno no es Gobierno, ni el regente regente, sino comisionados de las Cortes, las cuales son el único soberano de la nación española; que hará la oposición al Gabinete, tan luego como las Cortes se reúnan, y que siente no haberla hecho la legislatura pasada, sobre lo cual tiene grandes escrúpulos, por más que arreglase su conducta a las exigencias del patriotismo; que si tiene fama de discolo, es muy inmerecida, pues siempre que hace la oposición es cansado de esperar y cargado de razones; y que, sobre todo, siente no haber hecho la oposición al general Prim, que es muy infortunado en sus empresas, para desgracia de España, y que es el principal responsable de todo lo adverso que ha ocurrido y ocurre.

El Sr. Topete tomó la palabra, y en el concepto de haberse hecho indicaciones en favor de la república, dijo que, si había llegado la hora de retirarse, se retiraría los unos y los otros. Y no dijo más.

Contestó el Sr. Ríos Rosas, que, al observar manifestaciones poco benévolas de los concurrentes, terminó bruscamente su discurso.

El Sr. Ríos Rosas pidió la palabra, y se esforzó en probar la necesidad de la inmediata reunión de las Cortes, porque estas son el soberano de España, porque el Gobierno necesita de su fallo soberano, ya para que lo juzguen, ya para que lo absolvan, y porque, en buenos principios de derecho constitucional, la comisión permanente no puede negarse a ello, atendida la gravedad de las circunstancias; pidió explicación al Gobierno sobre el estado de las relaciones exteriores de nuestro país con Francia y Prusia, quejándose de que se haga hoy cuestión de Gabinete de la reunión o no las Cortes; que si se aspira a una dictadura vergonzosa y vergonzosa, que se diga claro; que aun después de haber los reyes de la casa de Austria acabado con todos los fueros y libertades de Castilla, todavía se conservó en la República una ley, en la cual se disponía que en los casos áridos el rey había de convocar necesariamente las Cortes, y que S. M., no con el criterio constitucional de estos tiempos, sino con el criterio de Felipe II, reclamaba la inmediata reunión de las Constituyentes, porque si las circunstancias actuales no son áridas y graves, no conoce cuáles puedan serlo más; que el Gobierno no es Gobierno, ni el regente regente, sino comisionados de las Cortes, las cuales son el único soberano de la nación española; que hará la oposición al Gabinete, tan luego como las Cortes se reúnan, y que siente no haberla hecho la legislatura pasada, sobre lo cual tiene grandes escrúpulos, por más que arreglase su conducta a las exigencias del patriotismo; que si tiene fama de discolo, es muy inmerecida, pues siempre que hace la oposición es cansado de esperar y cargado de razones; y que, sobre todo, siente no haber hecho la oposición al general Prim, que es muy infortunado en sus empresas, para desgracia de España, y que es el principal responsable de todo lo adverso que ha ocurrido y ocurre.

El Sr. Topete tomó la palabra, y en el concepto de haberse hecho indicaciones en favor de la república, dijo que, si había llegado la hora de retirarse, se retiraría los unos y los otros. Y no dijo más.

Contestó el Sr. Ríos Rosas, que, al observar manifestaciones poco benévolas de los concurrentes, terminó bruscamente su discurso.

El Sr. Ríos Rosas pidió la palabra, y se esforzó en probar la necesidad de la inmediata reunión de las Cortes, porque estas son el soberano de España, porque el Gobierno necesita de su fallo soberano, ya para que lo juzguen, ya para que lo absolvan, y porque, en buenos principios de derecho constitucional, la comisión permanente no puede negarse a ello, atendida la gravedad de las circunstancias; pidió explicación al Gobierno sobre el estado de las relaciones exteriores de nuestro país con Francia y Prusia, quejándose de que se haga hoy cuestión de Gabinete de la reunión o no las Cortes; que si se aspira a una dictadura vergonzosa y vergonzosa, que se diga claro; que aun después de haber los reyes de la casa de Austria acabado con todos los fueros y libertades de Castilla, todavía se conservó en la República una ley, en la cual se disponía que en los casos áridos el rey había de convocar necesariamente las Cortes, y que S. M., no con el criterio constitucional de estos tiempos, sino con el criterio de Felipe II, reclamaba la inmediata reunión de las Constituyentes, porque si las circunstancias actuales no son áridas y graves, no conoce cuáles puedan serlo más; que el Gobierno no es Gobierno, ni el regente regente, sino comisionados de las Cortes, las cuales son el único soberano de la nación española; que hará la oposición al Gabinete, tan luego como las Cortes se reúnan, y que siente no haberla hecho la legislatura pasada, sobre lo cual tiene grandes escrúpulos, por más que arreglase su conducta a las exigencias del patriotismo; que si tiene fama de discolo, es muy inmerecida, pues siempre que hace la oposición es cansado de esperar y cargado de razones; y que, sobre todo, siente no haber hecho la oposición al general Prim, que es muy infortunado en sus empresas, para desgracia de España, y que es el principal responsable de todo lo adverso que ha ocurrido y ocurre.

El Sr. Topete tomó la palabra, y en el concepto de haberse hecho indicaciones en favor de la república, dijo que, si había llegado la hora de retirarse, se retiraría los unos y los otros. Y no dijo más.

Contestó el Sr. Ríos Rosas, que, al observar manifestaciones poco benévolas de los concurrentes, terminó bruscamente su discurso.

El Sr. Ríos Rosas pidió la palabra, y se esforzó en probar la necesidad de la inmediata reunión de las Cortes, porque estas son el soberano de España, porque el Gobierno necesita de su fallo soberano, ya para que lo juzguen, ya para que lo absolvan, y porque, en buenos principios de derecho constitucional, la comisión permanente no puede negarse a ello, atendida la gravedad de las circunstancias; pidió explicación al Gobierno sobre el estado de las relaciones exteriores de nuestro país con Francia y Prusia, quejándose de que se haga hoy cuestión de Gabinete de la reunión o no las Cortes; que si se aspira a una dictadura vergonzosa y vergonzosa, que se diga claro; que aun después de haber los reyes de la casa de Austria acabado con todos los fueros y libertades de Castilla, todavía se conservó en la República una ley, en la cual se disponía que en los casos áridos el rey había de convocar necesariamente las Cortes, y que S. M., no con el criterio constitucional de estos tiempos, sino con el criterio de Felipe II, reclamaba la inmediata reunión de las Constituyentes, porque si las circunstancias actuales no son áridas y graves, no conoce cuáles puedan serlo más; que el Gobierno no es Gobierno, ni el regente regente, sino comisionados de las Cortes, las cuales son el único soberano de la nación española; que hará la oposición al Gabinete, tan luego como las Cortes se reúnan, y que siente no haberla hecho la legislatura pasada, sobre lo cual tiene grandes escrúpulos, por más que arreglase su conducta a las exigencias del patriotismo; que si tiene fama de discolo, es muy inmerecida, pues siempre que hace la oposición es cansado de esperar y cargado de razones; y que, sobre todo, siente no haber hecho la oposición al general Prim, que es muy infortunado en sus empresas, para desgracia de España, y que es el principal responsable de todo lo adverso que ha ocurrido y ocurre.

El Sr. Topete tomó la palabra, y en el concepto de haberse hecho indicaciones en favor de la república, dijo que, si había llegado la hora de retirarse, se retiraría los unos y los otros. Y no dijo más.

Contestó el Sr. Ríos Rosas, que, al observar manifestaciones poco benévolas de los concurrentes, terminó bruscamente su discurso.

El Sr. Ríos Rosas pidió la palabra, y se esforzó en probar la necesidad de la inmediata reunión de las Cortes, porque estas son el soberano de España, porque el Gobierno necesita de su fallo soberano, ya para que lo juzguen, ya para que lo absolvan, y porque, en buenos principios de derecho constitucional, la comisión permanente no puede negarse a ello, atendida la gravedad de las circunstancias; pidió explicación al Gobierno sobre el estado de las relaciones exteriores de nuestro país con Francia y Prusia, quejándose de que se haga hoy cuestión de Gabinete de la reunión o no las Cortes; que si se aspira a una dictadura vergonzosa y vergonzosa, que se diga claro; que aun después de haber los reyes de la casa de Austria acabado con todos los fueros y libertades de Castilla, todavía se conservó en la República una ley, en la cual se disponía que en los casos áridos el rey había de convocar necesariamente las Cortes, y que S. M., no con el criterio constitucional de estos tiempos, sino con el criterio de Felipe II, reclamaba la inmediata reunión de las Constituyentes, porque si las circunstancias actuales no son áridas y graves, no conoce cuáles puedan serlo más; que el Gobierno no es Gobierno, ni el regente regente, sino comisionados de las Cortes, las cuales son el único soberano de la nación española; que hará la oposición al Gabinete, tan luego como las Cortes se reúnan, y que siente no haberla hecho la legislatura pasada, sobre lo cual tiene grandes escrúpulos, por más que arreglase su conducta a las exigencias del patriotismo; que si tiene fama de discolo, es muy inmerecida, pues siempre que hace la oposición es cansado de esperar y cargado de razones; y que, sobre todo, siente no haber hecho la oposición al general Prim, que es muy infortunado en sus empresas, para desgracia de España, y que es el principal responsable de todo lo adverso que ha ocurrido y ocurre.

El Sr. Topete tomó la palabra, y en el concepto de haberse hecho indicaciones en favor de la república, dijo que, si había llegado la hora de retirarse, se retiraría los unos y los otros. Y no dijo más.

El general Prim contestó que el sesgo de los discursos que acababan de pronunciarse demostraba lo peligroso de la inmediata reunión de las Cortes; que sentía mucho que el Sr. Ríos Rosas se prometiese hacerle la oposición y con el todos los unionistas, sobre los cuales caería la responsabilidad de las circunstancias, que serían gravísimas; que hoy por hoy sería perjudicial la convocatoria, lo cual no quería decir que no fuese preciso convocarlas dentro de veinticuatro horas; que sobre la conducta del Gobierno daría explicaciones en tiempo oportuno, y que, por más que digan, no cree haber perdido su prestigio para con sus amigos.

El Sr. Ríos Rosas rectificó con gran calor y energía, arrojando dardos terribles contra el Gobierno, prometiendo liquidar con él todas las cuentas atrasadas.

En seguida usó de la palabra el Sr. Martos, y pronunció un largo discurso, pretendiendo demostrar que no hay necesidad de reunir las Cortes, si ha de ser para tratar de los asuntos ordinarios pendientes, ni para la cuestión de dar fin a la interinidad, puesto que las Cortes al suspender sus tareas parlamentarias, conocen la necesidad, así de acabar los trabajos legislativos, como de poner fin a una interinidad para la cual no se encontraba monarca; y que, por más que las circunstancias fuesen graves, no crea que para España lo fuesen tanto como se decía.

Habiendo interrumpido al orador el Sr. Alarcón, diciendo «eso no es serio», y habiéndose promovido un pequeño incidente sobre el particular, concluyó el Sr. Martos con varias consideraciones relativas al derecho de la comisión permanente.

El Sr. Ríos Rosas, al rectificar, se felicitó de ver como el Sr. Martos, que cuando se estaba formando el proyecto de Constitución era en todas las cuestiones independiente y rígido, se hubiese hecho en estos dos años maleable y cariñoso con el Gobierno. Y concluyó preguntando si habría tiempo para reunir oportunamente las Cortes en cualquiera de los tres casos siguientes: Caso de proclamar la República en París. Caso de vencer Francia y querer imponer la restauración. Caso de quedar tablas la gran lucha y reformarse en un Congreso europeo por protocolos el mapa de Europa y la situación de España.

El Sr. Martos rectificó estensamente, protestando de que no era partidario de la dictadura, y declarando que si el Sr. Ríos Rosas tiene candidato, él tiene solución, aun cuando, hoy por hoy, es todavía monárquico. Estas palabras produjeron sensación en los concurrentes, y entre los unionistas murmullos, y visibles muestras de inquietud en el Sr. Topete.

El Sr. Cantero usó de la palabra como progresista (frase que produjo hilaridad); defendió la instancia que había firmado por amor a la revolución, declarándose partidario ardiente de la Constitución democrática de 1869; insistió en la urgencia de la reunión de Cortes, porque los fondos españoles habían bajado en París a 19 y 20 céntimos.

El general Prim le interrumpió diciendo que estaban a 21 y pico, y que lo aseguraba con certeza porque estaba muy bien enterado.

El Sr. Madrazo contestó al Sr. Cantero y luego dijo que no creía al Sr. Ríos Rosas convencido de lo que había afirmado.

El Sr. Ríos Rosas pidió la palabra y manifestó que así como él creía todo lo que el Sr. Madrazo manifestaba cuando tomaba la palabra, porque lo juzgaba sincero, honrado, íntegro y consecuente, se consideraba con derecho a ser creído cuando hablaba.

Erán ya las dos y media cuando el Sr. Pi explicó el voto de los republicanos en un discurso breve y elocuente.

El señor Presidente dió el punto por suficientemente discutido, y acto continuo se procedió a la votación, que dió el siguiente resultado:

Señores que dijeron sí.

Llano y Perti.—Carratalá.—Ríos.—Madrazo.—Martos.—Montesinos.—Moreno Giron.—y Perales, que presidia.—Total, 9.

Señores que dijeron no.

Sanchez Ruano.—García Gomez.—Romero Ortiz.—Pi y Margall.—Sorni.—Total, 5.

El periódico republicano termina su relación con las siguientes líneas:

«Resultado de esta sesión:

Que no hay motivo para reunir las Cortes, sin perjuicio de que se convoquen dentro de 24 horas; ruptura decidida de los unionistas y Prim; popularidad de Prim entre sus amigos; y familiaridad de todo hecho viviente con la idea de república, que ya no causa repugnancia visible ni aun en sus más colmillos enemigos.»

EXPOSICION

DIRIGIDA AL EXCMO. SEÑOR GOBERNADOR SUPERIOR CIVIL VICE PATRONO DE LAS IGLESIAS DE ASIA POR EL DOCTOR D. MATEO YAGUE Y MATEOS, GOBERNADOR ECLESIASTICO DEL ARZOBISPADO DE MANILA.

Excmo. señor gobernador superior civil de estas islas y vice real Patronato de las iglesias de Asia.

Es llegada la ocasión de restaurar la casa de Dios y levantar de nuevo el gran templo de Iglesia matriz de esta Diócesis, en donde se daba adoración y culto público solemne al Altísimo. La catedral metropolitana del Arzobispado de Manila, con un lenguaje misteriosamente silencioso pero elocuente y admirable, pide a voz en grito que se repare el magestuoso edificio, morada en otro tiempo de aquel Dios que con providencia especialísima guió a los españoles, nuestros Padres, a estas apartadas islas.—El eco lastimero de esa voz al resonar se dirige a los ministros del Santuario, que llamamos un día y otro día y de continuo exhalamos endechas dolorosas sobre tan sublimes ruinas: también hiere ese eco, a nuestro modo de ver, la conciencia católica de los Excmos. gobernadores superiores civiles y vice reales Patronos, quienes como V. E. tienen talento y corazón bastante para comprender obras grandes, ampararlas y patrocinarias, legando a la posteridad la memoria imperecedera de su valor cívico-militar y cristiano.

Bien persuadido el expositor de las prendas que a V. E. distinguen y de los hechos militares y políticos que adornan su brillante carrera, como hijo preclaro y verdadero representante de nuestra gloriosa España, a V. E. acude con confianza el último de los ministros de la religión católica, como según la festividad que hoy celebra la Iglesia, recurriera a Nuestro Señor Jesucristo Dims el buen ladrón; y así como este alcanzó del hombre Dios Crucificado el perdón de sus crímenes y la entrada en el reino de los cielos, así consiga yo V. E. (pague al Señor premiar tanta bondad) las gracias siguientes:

1.º Licencia in scriptis por superior decreto de V. E., como vice real patrono, para dar principio a quitar los escombros de la arruinada catedral, facultándole para elegir entre los arquitectos de la ciudad y único del arzobispado al Sr. D. Luciano Oliver, benemérito español como el que más, y tan antiguo como práctico conocedor de este país y de las construcciones de los edificios sagrados que hay en Manila, en un plazo perentorio de seis meses.

2.º El superior permiso de V. E. para celebrar en la catedral provisional una función, lo más solemne posible, en el segundo día de la próxima Pascua de Resurrección, para implorar del Todopoderoso las luces y los auxilios que hemos menester para dar principio a una obra tan árdua como gloriosa. Al efecto, y previo el beneplácito del ilustrísimo Cabildo, el infrascrito pronunciará en la Misa un discurso alusivo al objeto, a cuyo acto inaugural serán invitadas por medio de papeleta todas las autoridades, entre las que se destaca la de V. E. como la suprema en estas islas de nuestra cara nación; no dudando el suplicante que se dignará presidir a aquellas subalternas a fin de dar gloria al Dios de los ejércitos en tal día.

3.º Facultarme a fin de arbitrar recursos para la realización de tan alto objeto sin gravar por ahora los intereses del Estado; porque sin duda aprobará V. E. la determinación mía de recurrir en demanda de los auxilios que puedan prestarme las iglesias del arzobispado dependientes de la matriz y sujetas por tanto a mi autoridad eclesiástica.

4.º Favorecer con su superior agrado y aquiescencia las circulares que precisamente he de dirigir a los fieles del arzobispado para mover sus corazones, a fin de que se desprendan generosos de aquellos donativos que su piedad les dicte, sin olvidarme de oficiar a las diócesis sufragáneas de Cebu, nueva Segovia, Nueva Cáceres y Jaro, para allegar medios de realizar un plan, que cede todo en gloria de Dios, de la Religión y de la Patria.

5.º Consentir con su acostumbrada benevolencia una suscripción mensual o por una sola vez y en todo caso voluntario, a las personas que con sus sueldos o con sus rentas quieran contribuir para sufragar los gastos de los obreros, que desde luego se empleen en limpiar los escombros, y permitir a los fieles que respondan a mis reiterados llamamientos los días de fiesta, que crea prudente dispensarles la abstención de las obras serviles para adelantar la obra de la casa de Dios.